

CUADERNOS DE TEATRO

MOLIERE
TARTUFO
EL MEDICO A PALOS



Nº 13	MARZ
1986	



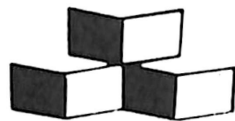
DEPARTAMENTO DE EXTENSION CULTURAL DEL MINISTERIO DE EDUCACION

CUADERNOS DE TEATRO

Nº 13.— MARZO 1986

SUMARIO

	3	Presentación
JORGE MARCHANT	5	Molière, un itinerante
EUGENIO GUZMAN	7	Nuestro Tartufo
MOLIERE	9	Tartufo. Texto completo
MOLIERE	53	El médico a palos. Texto completo
ANITA KLESKY	88	Panorama Teatral



DEPTO. DE EXTENSION CULTURAL
MINISTERIO DE EDUCACION - CHILE

PRESENTACION

. MOLIERE, (1622-1673), nombre de teatro con que alcanzó la inmortalidad Juan Bautista Poquelin, representa uno de los valores máximos del teatro clásico francés. Inició su carrera de éxitos en la corte francesa con "Las Preciosas Ridículas", continuando con "El Avaro", "La Escuela de las Mujeres", "La Escuela de los Maridos", "Las Mujeres Sabias", "El Misántropo" y "El Tartufo" y "El Médico a Palos", que hoy incluimos en la colección "Cuadernos de Teatro".

La crítica moderna reconoce en este importante dramaturgo una extraordinaria sagacidad en la observación, precisión en la pintura de caracteres, y profunda sátira de las costumbres de su tiempo, unidos a una acabada técnica en el manejo de las estructuras dramáticas. Estas razones

llevaron al teatro Itinerante a afrontar el montaje de "El Tartufo", una de sus obras más perfectas y que tiene con mayor claridad una posibilidad de acercamiento ideológico que no es necesario forzar para sentirla contemporánea y vigente.

Su condición de obra estructurada a la manera aristotélica, respetando las tres unidades clásicas (acción, tiempo y lugar) la hacen, además, interesante desde el punto de vista pedagógico como un acabado (y muy entretenido) ejemplo de este tipo de teatro.

Se incluye, además, en este Cuaderno de Teatro Nº 13 el texto completo de "El Médico a Palos", pieza simple y de gran efecto, muy apropiada como la anterior para iniciar trabajos de mayor aliento en los grupos escolares.



MOLIERE, UN ITINERANTE

JORGE MARCHANT

A Juan Bautista Poquelin, nacido en 1622, no le interesa la carrera de su padre: "tapicero mayor de la Casa Real". Sí, en cambio, se fascina de niño al ser llevado por su abuelo a una representación escénica, Juan Bautista soñó que por allí andaba su destino.

Por eso, cuando en 1642, su padre le entrega parte de la herencia materna, y el cargo honorario de tapicero de Luis XIV de Francia, Juan Bautista acepta el dinero, cediéndole el cargo a un hermano.

Por esa época, ansioso de volar, conoce a Magdalena Béjard, una actriz que bien podía ser su madre, de la cual se enamora y con quien funda la compañía itinerante del "Ilustre Teatro". Por cierto, era un grupo teatral pobre que trabajaba para el pueblo en tablados al aire libre. Al tapicero real no le gustó nada todo esto. Por ello, Juan Bautista decidió llamarse Molière -para no "ensuciar" el buen nombre de su padre-, tomando ese seudónimo de un poeta-cómico sin ningún brillo que había muerto recientemente, sin dejar descendencia.

Teatro itinerante

VIOLETA VIDALFRE
MARIA ANGELICA ARCOS
MIRIAM CARRASCO
MONICA JARAMILLO

PEDRO VILLAGRA
CRISTO OLIVIMDES
OSWALDO SILVA
FRANCISCO VILLAGRA
FERNANDO BOLDON

ALBERTO CHACON
RENE SILVA
FERNANDO BERRIOS
SERGIO SCHIMED
DAVID MESIAS



Tartuf

MOLIERE

En sus inicios, la compañía teatral nada tenía de "ilustre", hasta que en 1658, gracias a la gestión del príncipe de Conti, el Rey Sol vio una función en París que le pareció de interés. En lo sucesivo se llamarían "Troupe de Monsieur", fijarían su residencia en la capital francesa, y darían así origen a esa institución legendaria que es hoy la "Comedia Francesa".

El señor Molière no era sólo actor de la compañía, sino también dramaturgo. Y no cualquier dramaturgo. Hoy en día, constituye junto con Racine y Corneille la cumbre del Teatro Clásico francés. Claro que a diferencia de estos dos últimos -autores de biblioteca o de Corte-, Molière se perfecciona de pueblo en pueblo, recibiendo el estímulo directo de otras compañías que se cruzan en su camino: italianos de la *Commedia dell'Arte*, comediantes españoles, saltimbanquis y titiriteros que representan viejas farsas medievales.

El primer gran éxito de Molière en París es "Las Preciosas Ridículas", (1659) sátira contra la pedantería y las mujeres pretenciosas. Molière es un gran contemplador y crítico de las costumbres de la burguesía que se abre paso ante el desplazamiento histórico de la antigua nobleza.

Le siguen comedias tan afortunadas como "Sganarelle" (1660), "La Escuela de los maridos" (1661), "La Escuela de las mujeres" (1662), "Don Juan" y "Tartufo" (1664), "El Misántropo" (1666), "El avaro" (1668), "El burgués gentil-hombre" (1670), "El enfermo imaginario" (1673) entre otras.

En su vida personal es menos afortunado al casarse con Armanda Béjard, hija de Magdalena, vintidós años menor que él. Su matrimonio es muy desgraciado. El actor que representara sus propios papeles (es Orgón en "Tartufo") muere tras la cuarta interpretación de Argan, el enfermo imaginario, en 1673.

Tal como lo señalan los estudiosos de su obra, Molière no fue -como Shakespeare- un creador de pasiones, sino un creador de caracteres apoyados en una sencilla y profunda psicología, en una gracia inimitable de exposición y de enredo, y en el arte magnífico al mezclar lo cómico y lo trágico, sin provocar desequilibrio en sus comedias.

En su octava temporada consecutiva, el Teatro Itinerante dependiente del Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, monta "Tartufo" de Molière, consciente de que tras estrenar seis obras chilenas, así como clásicos ingleses, clásicos españoles y teatro norteamericano contemporáneo, se hacía necesario que los estudiantes chilenos tuviesen acceso a un clásico francés.

NUESTRO TARTUFO

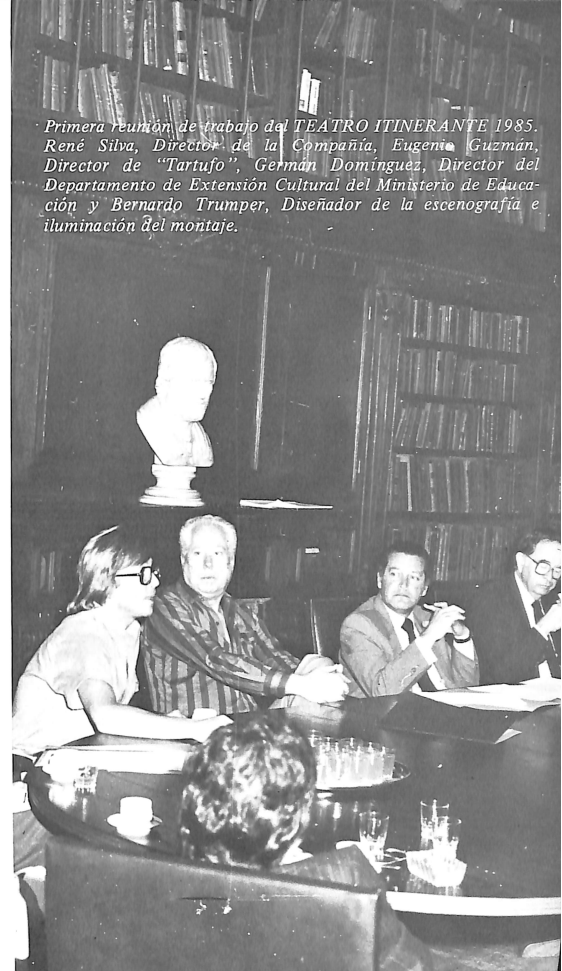
EUGENIO GUZMAN

Tartufo es tal vez la comedia más seria de Molière, sin embargo, como en todas sus obras, a ésta también la recorren giros bufonescos y "golpes" teatrales de sorprendentes efectos.

Desde el primer conocimiento del texto, con el talentoso grupo de actores y técnicos que componen el Teatro Itinerante, nos dejamos llevar por el ímpetu de su argumento, la penetrante composición de personajes y el soberbio contraste entre las escenas líricas y las cómicas que tan sabiamente maneja el autor. Luego estudiamos con detención los orígenes del estilo tan particular de Molière, quien inspirado por el dinamismo escénico de la *COMEDIA DELL'ARTE*, no vaciló en combinar sus recursos lúdicos con una penetrante visión crítica de los vicios de su tiempo y también con los sobresaltos de su propia agitada existencia.

Investigamos más tarde el período histórico y los fundamentos políticos de la monarquía absolutista de Luis XIV, el Rey Sol. (Aunque, por la atmósfera lírica de Tartufo, hemos preferido ambientarlo, en lo que se refiere a vestuario y mue-

Primera reunión de trabajo del TEATRO ITINERANTE 1985. René Silva, Director de la Compañía, Eugenio Guzmán, Director de "Tartufo", Germán Domínguez, Director del Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación y Bernardo Trumper, Diseñador de la escenografía e iluminación del montaje.



TARTUFO

MOLIERE

TARTUFO MOLIERE

Traducción realizada por Eugenio Guzmán y René Silva, considerando algunas proposiciones de la versión de Enrique Llovet, realizada en España en el año 1970.

DIRECCION	EUGENIO GUZMAN
DISEÑO DE ESCENOGRAFIA	
E ILUMINACION	BERNARDO TRUMPER
DISEÑO DE VESTUARIO	PABLO NUÑEZ
PRODUCCION	OSVALDO SILVA

REPARTO Por orden de aparición

FELIPA, Criada de la Sra. Pernelle	SERGIO SCHMIED
SRA. PERNELLE, Hermana de Orgón	MONICA JARAMILLO
ELMIRA, Mujer de Orgón	MARIA ANGELICA ARCOS
DOROTEA, Ama de llaves de la casa de Orgón	VIOLETA VIDAURRE
MARIANA, Hija del primer matrimonio de Orgón	MIRIAM CARRASCO
DANIEL, Hijo del primer matrimonio de Orgón, Hermano de Mariana	RENE SILVA
CLEMENTE, Hermano de Elmira	CRISTO CUCUMIDES
ORGÓN, Marido de Elmira	PEDRO VILLAGRA
VALERIO, Prometido de Mariana	OSVALDO SILVA
TARTUFO, Falso devoto	ALBERTO CHACON
LEAL, Alguacil del Juzgado	FERNANDO BERRIOS
POLICIA	SERGIO SCHMIED
AYUDANTE DEL POLICIA	FRANCISCO VILLAGRA

La acción ocurre en París en el Siglo XVII.

Tramoya	Fernando Boudon
Electricidad	David Mesias
Ayudante de Dirección y Director de Escena	Francisco Villagra
Sonido	Fernando Berrios
Encargada financiera	Inés Cuevas

Realización de tapicerías y alfombra	Alejandro González
Realización de vestuario	Maria Teresa Cereceda
Realización de utilería	Mabel Cisternas
Pelucas	Ruth Shabat
Calzado	Juan Domingo Mendiburu
Movilización	Roberto Cercos-Hanß Dreyer
Director Técnico	Hernán Pantoja

ASISTENCIA DE MOVIMIENTO
HIRANIO CHAVEZ

La música de la producción pertenece a Jean Baptiste Lully, (1632 - 1687) y a compositores anónimos contemporáneos a Molière. Las tapicerías usadas como elementos escenográficos son reproducciones de gobelinos de la Edad de Oro de la tapicería: fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI. Actualmente se encuentran en los Claustros del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York.

DIRECTOR DE LA COMPAÑIA RENE SILVA

PERSONAJES:

TARTUFO:	Falso devoto
ORGON:	Marido de Elmira
CLEMENTE:	Hermano de Elmira
VALERIO:	Novio de Mariana
DANIEL:	Hijo de Orgón
LEAL:	Alguacil
ELMIRA:	Mujer de Orgón
DOROTEA:	Dama de compañía
MARIANA:	Hija de Orgón
SEÑORA PERNELLE:	Hermana de Orgón
FELIPA:	Criada de la Sra. Pernelle
POLICIA:	

ACTO I

ESCENA PRIMERA: SRA. PERNELLE, FELIPA, ELMIRA, MARIANA, DOROTEA, DANIEL Y CLEMENTE.

SRA. PERNELLE:
¡Vámonos, Felipa! ¡No los soporto más!

ELMIRA:
Siento que te marches tan pronto.

SRA PERNELLE:

Es que no resisto tu casa, donde nadie hace el menor esfuerzo por complacerme. ¡Y me voy muy enojada, si quieres saberlo! ¡Tanto grito! ¡Tanta gente opinante! ¡Esto no es una casa! ¡Es un gallinero!

DOROTEA:

No exagere, señora...

SRA. PERNELLE:

¡Tú te callas! ¡Para ser dama de compañía eres demasiado lengua larga! ¡Es una impertinencia que estás siempre metida en todo, opinando de lo divino y de lo humano!

DANIEL:

Tía, la verdad es que...

SRA. PERNELLE:

¡Otro! Sólo que tú, además, eres tonto, sobrino, tonto de remate. ¡Y un vividor que no da más que disgustos!

MARIANA:

¡Me parece que...

SRA. PERNELLE:

¡Y la hermanita! Suave, modosa y discreta. ¡A mí no me engañas! ¡Y o no me fio del agua mansa! Haciéndote la mosca muerta eres tan desvergonzada como los demás...

bles, en el siglo XVIII, bajo el reinado de Luis XVI). Recreamos con ejercicios prácticos los principios del arte del actor durante el clasicismo francés, una estética que reglamentó con severos preceptos la elocución y la expresión corporal.

Pero no olvidamos en momento alguno que Molière propuso que en todos sus personajes cómicos debíamos reconocer siempre al hombre en su dimensión compleja.

Nuestra puesta en escena tiende por ello a poner en relieve, conceptualmente, lo que para nuestro tiempo permanece vivo y actual; la utilización de nobles consignas con innobles propósitos y la peligrosa entrega de la conciencia individual a la manipulación inescrupulosa de terceros que, en calidad de asesores espirituales, logran confundirnos.

La mordaz sátira de Molière, por cierto, está abierta a múltiples lecturas, pero la obstinación ciega de Orgón y la astuta hipocresía de Tartufo son dos conductas humanas, por desgracia, tan inequívocas y frecuentes hoy como antaño.

El autor nos abre entonces una luminosa senda de rescate, proponiéndonos, a cambio, en los personajes de Dorotea, la moral natural y en Clemente, una razón ilustrada, los principios humanistas de rectitud y justicia que animan y embargan sus grandes obras.

Por todas estas consideraciones la puesta en escena de Tartufo constituye para nosotros y para el público, una seria reflexión, a la vez que un regocijo de los sentidos y el espíritu.

ELMIRA:

Pero, por Dios... ¿a qué viene todo esto?

SRA. PERNELLE:

Viene, querida cuñada, a que ninguno de ustedes sabe comportarse. Debías dar ejemplo a estos muchachos, como se lo daba su pobre madre, que en gloria esté... ¡Pero tú eres derrochadora, vanidosa y engreída... Te vistas como si fueras una princesa... ¿Por qué? ¡Las mujeres que sólo pretenden gustar a sus maridos no necesitan tanta ostentación.

CLEMENTE:

Señora, después de todo...

SRA. PERNELLE:

¡Qué después de todo ni que nada! ¡Usted no es más que hermano de la segunda mujer de mi hermano! ¡No es de nuestra familia! Y si yo fuera dueña de esta casa, le pediría que no volviera a poner los pies en ella. Sus ideas sobre el mundo no deben llegar a oídos de personas decentes. Lo siento, pero soy muy franca. No me gusta esconder lo que pienso.

DANIEL:

¡Eso debe hacer muy feliz a su amigo Tartufo!

SRA. PERNELLE:

Como a cualquier hombre de bien, que es a quien hay que oír...

DANIEL:

¿Un hombre de bien? ¡Tartufo es un hipócrita, un beato pretencioso! ¿Por qué tenemos que soportar que ese santurrón nos diga lo que podemos o no podemos hacer?

DOROTEA:

Según él, todo es pecado, todo es un crimen.

SRA. PERNELLE:

Y tiene razón. Todo lo que le repugna es repugnante. El quiere lograr la salvación de sus almas. Espero que mi hermano les obligue a obedecerle ciegamente, para salvar el honor de esta familia.

DANIEL:

No, tía. Ni mi padre ni nadie en el mundo me obligará a respetar a ese beato petulante. Me molesta su cara, su forma de andar, su manera de pensar... ¡Me molesta todo! ¡Y un día acabaremos mal con él, aunque se

arme el escándalo del siglo!

DOROTEA:

¡Pero si el escándalo ya se armó! ¿Qué más escándalo quieres que llegue un desconocido y se transforme en el dueño de la casa? ¿Que llegue un miserable muerto de hambre haciéndose el santo, dándose importancia y sabiéndolo todo?

SRA. PERNELLE:

¡Cuánto mejor iría el país si se siguieran los consejos de personas como él!

DOROTEA:

Para usted será un santo... para mi es un hipócrita.

SRA. PERNELLE:

Ustedes lo odian porque les canta claro las verdades del cielo y de la tierra. Su corazón se subleva contra el pecado, su inteligencia se rebela contra el desorden.

DOROTEA:

¿Pero por qué le molesta tanto la vida social? ¿Por qué rechaza las visitas que llegan a esta casa? ¿En qué puede ofender a Dios que alguien venga a vernos?... ¿Quieren que hable claro? A mí me parece que, además de gustarle el cielo, le está gustando muchísimo la dueña de casa.

SRA. PERNELLE:

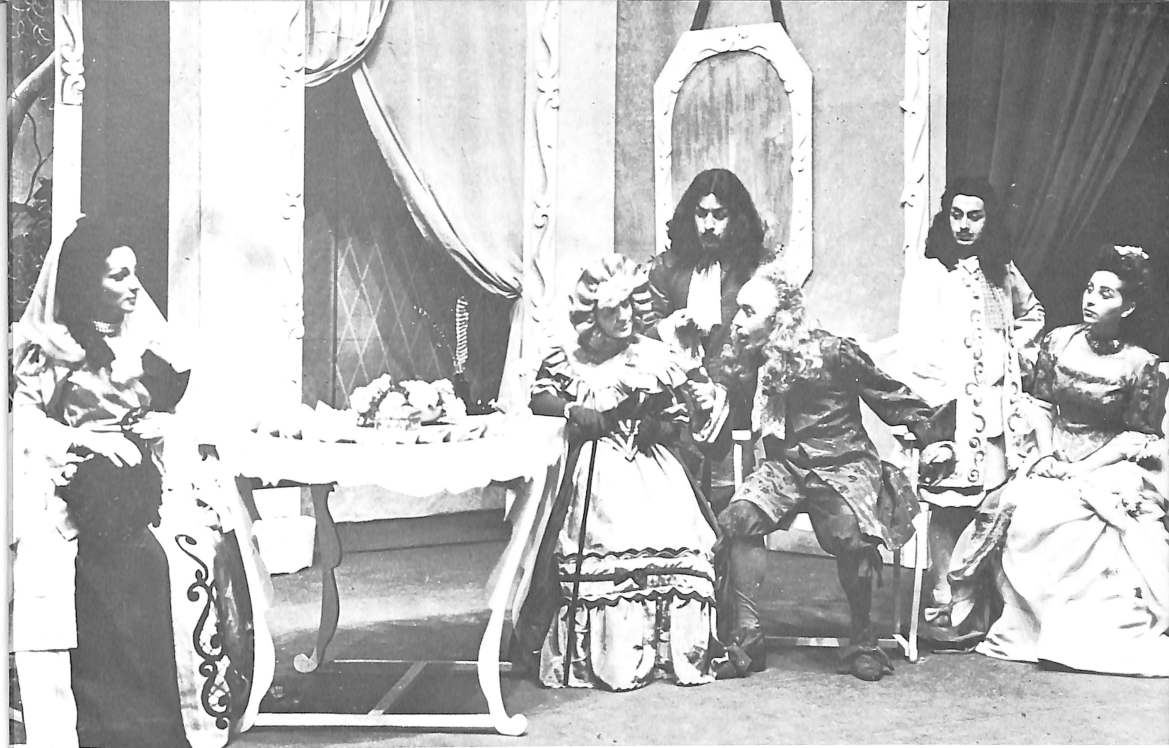
¡Cállate, deslenguada, y no digas más disparates! ¡No es sólo Tartufo quien detesta tantas visitas! Esos coches todo el día a la puerta, esas reuniones escandalosas, son desagradables para todo el mundo. Yo quisiera creer que en el fondo, no pasa nada malo pero, cuando el río suena...

CLEMENTE:

Pero señora, ¿también nos quiere prohibir que hablemos? Sería una estupidez renunciar a los amigos sólo para evitar murmuraciones. Contra los mal pensados no hay nada que hacer... Vivamos limpiamente, señora, y dejemos que gasten saliva los chismosos...

SRA. PERNELLE:

¡Palabras, sólo palabras! Esa es la fraseología que les gusta, querida cuñada. Es por eso que lo más sensato que ha hecho mi hermano en toda su vida, ha sido recoger en su casa a ese santo.



TARTUFO. Teatro de la Universidad de Chile. 1944.
Virginia Fisher, Bélgica Castro, Jorge Lillo, Emilio Martínez,
Pedro Orthous y Coca Melnik.

Y, como dijo el domingo el predicador de mi parroquia... (A Clemente) Pero, ¿de qué se ríe este estúpido? ¡Vaya a reírse de su abuela!... ¡Vamos, Felipa! ¡Mejor me callo! Adiós, cuñada. Por respeto a esta casa no he dicho ni la mitad de las cosas que pienso de todos ustedes. (Da una bofetada a Felipa) ¡Vamos, idiota! ¿Qué haces con la boca abierta? ¿Cazando moscas?... ¡Vamos, idiota... vamos! (Sale como una tromba, seguida de Felipa, Elmira, Mariana y Daniel).

ESCENA SEGUNDA: CLEMENTE Y DOROTEA

CLEMENTE:
¡Qué señora tan loca!

DOROTEA:
Se siente dueña de la verdad y presume de santa. Claro que son los años los que la han vuelto tan casta. ¡Hay que ver la fama que tenía de gozadora de la vida antes de casarse! Y ahora que nadie la mira con malos pensamientos, se ha transformado en santa. ¡La coqueta arrepentida! Se le añejan los encantos y se refugia en los altares para censurar a los demás. ¡Ahora todo le parece pecado!... ¡iEnvidia!! Eso es. Envidia de no poder cometer ahora los pecados que cometió cuando pudo.

CLEMENTE:
¡Y cómo se ha ensañado con nosotros! A la única persona que admira es a Tartufo.

DOROTEA:
Eso no es nada al lado de lo que lo admira el dueño de esta casa. "Hermano" por aquí... "Hermano" por allá... Lo quiere más que a toda su familia junta... No tiene con él ningún secreto. Lo ha hecho su director espiritual y no mueve un dedo sin pedir su consejo. Lo sienta a la cabecera de la mesa y es feliz viéndole comer por diez. "Provecho", le dijo el otro día que soltó un eructo. Tartufo es su modelo, su héroe, su todo. En resumen, le ha sorbido el seso.

ESCENA TERCERA: ELMIRA, MARIANA, DANIEL,
CLEMENTE Y DOROTEA.

ELMIRA:
Te salvaste del sermón que nos dio en la puerta... En fin tengo cosas que hacer... Mi marido está por llegar.

CLEMENTE:
Entonces lo espero. Quiero saludarlo. (Elmira y Mariana salen).

DANIEL:
Tío, ¿Sabes algo de la boda de mi hermana? Sospecho que Tartufo piensa oponerse a ese casamiento, y me da miedo que obligue a mi padre a retrasarlo. Tú sabes que mi hermana y Valerio se quieren de verdad y eso los haría sufrir... ¿Por qué no hablas tú con él?

DOROTEA:
¡Cuidado, que viene! (Desaparece Daniel. Entra Orgón).

ESCENA CUARTA: ORGÓN, CLEMENTE Y DOROTEA

ORGÓN:
¡Buenos días, cuñado!

CLEMENTE:
Me alegro mucho de verte, Orgón, Ya me iba, pero he preferido esperar para saludarte.

ORGÓN:
Dorotea... (A Clemente) ¿Te importa mucho esperar un momento? He estado fuera un par de días y no sé nada de la casa... (A Dorotea) ¿Todo está bien? ¿Ninguna novedad?

DOROTEA:
La señora tuvo ayer bastante fiebre y un dolor de cabeza terrible.

ORGÓN:
¿Y Tartufo?

DOROTEA:
¿Tartufo? Tan sano y rozagante como siempre.

ORGÓN:
¡Pobrecito!

DOROTEA:
La señora tuvo jaqueca toda la tarde y no pudo comer

TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Cristo Cucumides, René Silva, Miriam Carrasco, Violeta Vidaurre, María Angélica Arcos y Mónica Jaramillo.



ORGON:

¿Y Tartufo?

DOROTEA:

Comió solo, delante de ella. Para ser exacta, se tragó, santamente, dos pollos y media pierna de corde-ro.

ORGON:

¡Pobrecito!

DOROTEA:

La señora no pudo cerrar los ojos en toda la noche. La fiebre no la dejó dormir.

ORGON:

¿Y Tartufo?

DOROTEA:

Le dio mucho sueño después de comer y durmió como un tronco hasta hoy en la mañana.

ORGON:

¡Pobrecito!

DOROTEA:

Al final convencimos a la señora para que se dejara poner unas compresas.

ORGON:

¿Y Tartufo?

DOROTEA:

Para fortificar su alma se tomó, hoy al almuerzo, cuatro grandes vasos de vino.

ORGON:

¡Pobrecito!

DOROTEA:

Gracias al cielo, ahora están bien los dos. Voy a decirle a la señora lo preocupado que ha estado usted por su salud. *(Sale Dorotea).*

ESCENA QUINTA: ORGON Y CLEMENTE

CLEMENTE:

Esa mujer se ha reído de ti en tu cara. Y no le falta razón, te lo digo francamente. He visto muchos caprichos raros, pero ninguno como el tuyo. ¿Cómo es posible que ese hombre te haga olvidar a las personas

más importantes de tu vida y que, después de sacarlo de la miseria, lo traigas a vivir aquí y llegues al extremo de...

ORGON:

¡Cállate! ¡Cállate! ¡No voy a tolerar ese tono, por muy cuñado mío que seas!... En primer lugar, no sabes de quién estás hablando.

CLEMENTE:

No hace falta conocerlo demasiado para darse cuenta de la clase de sujeto que es.

ORGON:

¡Te encantaría conocerlo mejor, estoy seguro! ¡Quedarías fascinado! Es un hombre que... un hombre... ¡Ah! Un hombre... Quién sigue su ejemplo, logra la paz de los seres superiores. Con él he aprendido a mirar a los demás como si fueran basura. Me he convertido en otra persona... Ya no siento ninguna debilidad y no me siento encadenado a nada ni a nadie. Puede morir mi hermana, mis hijos y mi mujer, si hace falta, y yo lo soportaré con toda tranquilidad.

CLEMENTE:

¡Pero eso no es propio de un ser humano!

ORGON:

Si supieras cómo lo conocí. Te habría pasado igual que a mí. Lo veía todos los días en la iglesia. Se arrodillaba a mi lado y se ponía a rezar con un fervor, que no era posible dejar de mirarlo... Suspiraba... besaba el suelo una y otra vez con gran humildad... y a la salida, se me adelantaba con prontitud para ofrecermé agua bendita... ¡Un santo! ¡Un ejemplo! Cuando me enteré que era pobre, comencé a darle algunos obsequios en dinero. Nunca quería aceptar más que una pequeña parte... "Oh, no. Por favor, esto es demasiado... con la mitad me basta... no... No..." Si yo insistía, iba inmediatamente a la calle y, a la vista de todos, lo repartía entre los pobres. Al final, el cielo me inspiró y lo traje a vivir a mi casa, y desde ese día todo ha prosperado. Ha tomado mucho interés en mi hogar e incluso consagra gran parte de su tiempo a mi esposa. Defiende mi honra como si fuera la suya. Me avisa inmediatamente cuando hay alguien que mira demasiado a mi mujer. ¡Tiene más celos que yo! Es

tan eficiente que se acusa de cualquier error, como si fuera un pecado mortal. Llegó el otro día a reprocharse en voz alta haber matado con demasiada cólera a una pulga que lo estaba picando.

CLEMENTE:

Veo, desgraciadamente, que hablas en serio. Creo que te estás volviendo loco.

ORGON:

¡Y tú hablas como un ateo!... ¡Como un libertino!... Eso es lo que eres... Y acabarás mal, te lo digo yo...

CLEMENTE:

¡Yo sé lo que hago, y sé que Dios ve en mi corazón! ¡Yo no necesito golpearme el pecho en público para ser un buen cristiano! ¡Los falsos devotos, como los falsos valientes, son los que hacen más ruido, para que la gente los vea!

ORGON:

Habló el teólogo... el humanista... el sabio... Tú lo sabes todo. A tu lado, todos los demás somos unos pobres imbéciles.

CLEMENTE:

Ni soy teólogo ni lo sé todo. Pero sé algo muy sencillo: Sé distinguir lo falso de lo verdadero. Nada me parece tan digno de respeto como el fervor religioso de quienes creen de verdad. Pero también pienso que no hay nada tan detestable como el alarde de esos charlatanes de la religión que usan y abusan de lo sagrado. Gentes que sacan provecho y hasta matan invocando el nombre de Dios y luego derraman agua bendita sobre nuestros cadáveres.

ORGON:

¿Terminaste?

CLEMENTE:

Si.

ORGON:

Entonces, hasta luego. *(Se dispone a salir).*

CLEMENTE:

Un momento. Perdona. No vale la pena discutir. Prometiste a Valerio la mano de Mariana.

ORGON:

Si.

TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Sergio Schmmied y Mónica Jaramillo.



CLEMENTE:
Y fijaste la fecha de la boda.

ORGON:
Sí... sí

CLEMENTE:
Supongo que no habrás cambiado de idea...

ORGON:
¡Puede ser!

CLEMENTE:
¿Piensas faltar a tu palabra?

ORGON:
Yo no he dicho eso.

CLEMENTE:
Que yo sepa, no hay ningún obstáculo que se oponga a ese matrimonio.

ORGON:
Eso depende...

CLEMENTE:
Pero... ¿Por qué tan misterioso? Te lo pregunto porque me lo ha encargado Valerio.

ORGON:
¡Se hará lo que Dios quiera!

CLEMENTE:
Sí, pero ¿qué le contesto yo a Valerio?

ORGON:
Lo que mejor te acomode.

CLEMENTE:
¡Es que necesito saber tus intenciones! ¿Cuáles son?

ORGON:
Haré lo que el cielo disponga.

CLEMENTE:
Te estoy hablando en serio. Has dado tu palabra. ¿La sostienes o no?

ORGON:
¡Adiós!

CLEMENTE:
¡Adiós! Esto me da mala espina. Tengo que prevenir a Valerio. *(Sale, después de una pausa, Orgón llama a su hija).*

ACTO II

ESCENA PRIMERA: ORGON Y MARIANA

ORGON:
¡Mariana!

MARIANA:
Dime, papá.

ORGON:
Acércate aquí, hija. Tengo que decirte un secreto. *(Mira a todos lados atentamente).*

MARIANA:
¿Qué buscas?

ORGON:
(Mirando por todas partes). No quiero que nos oigan... Bien... No hay nadie... Estamos solos... Mariana, hija, sé que tienes muy buen carácter y que me quieres...

MARIANA:
Es natural querer a los padres...

ORGON:
Muy bien dicho, hija... Y ese cariño, te llevará a desear darme gusto en todo...

MARIANA:
Eso no sólo es un deber, sino una alegría.

ORGON:
De acuerdo. Dime... ¿Qué te parece Tartufo, nuestro huésped?

MARIANA:
¿Que qué me parece?

ORGON:
Si. Contéstame con mucho cuidado.

MARIANA:
A mí... a mí me parece lo que tú quieras.

ORGON:
Eso es hablar con sensatez. Dime entonces que te parece una persona de muchísimo mérito y que sus virtudes te han impresionado desde el día que lo conociste, y que te gustaría, por elección mía, casarte con él... ¿Ah?

TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Violeta Vidaurre y Cristo Cucumides.



MARIANA:

¿Qué has dicho?

ORGON:

¡Me has entendido muy bien!...

MARIANA:

No. Yo creo que no.

ORGON:

Sí, sí, Mariana.

MARIANA:

¿De quién quieres que diga que estoy enamorada y que me gustaría casarme con él?

ORGON:

De Tartufo.

MARIANA:

Eso no lo puedo decir de ninguna manera. No. No puedo decir una mentira tan grande.

ORGON:

No será una mentira, puesto que yo digo que es verdad. ¡Y eso es suficiente!

MARIANA:

Pero... ¿Es que pretendes que yo me...?

ORGON:

Sí, hija, lo pretendo. Pretendo con esa boda hacer entrar al noble Tartufo en nuestra pecadora familia. Ya está decidido. Te casarás con él, y... (*Dorotea entra de golpe. Ha estado oyendo.*)

ESCENA SEGUNDA: DOROTEA, ORGON Y MARIANA

ORGON:

¿Qué haces tú aquí?

DOROTEA:

(*Riendo*). Mariana, no hagas caso a tu padre, te está haciendo una broma.

ORGON:

¡Estoy hablando en serio!

DOROTEA:

Entonces tendré que creer que detrás de ese aire respetable y maduro, hay un loco peligroso.

ORGON:

Oyeme: Te estás tomando ciertas libertades que no

me gustan nada y no puedo permitirte estas confianzas...

DOROTEA:

Hablemos sin enojarnos, por favor. ¿Qué gana esta casa con una boda así? Ella es hermosa, su padre es rico... ¡Búsquenle un novio buen mozo y rico! ¿Por qué razón hay que casarla con un pajarraco muerto de hambre?

ORGON:

¡Cállate! ¡Cállate! Si por algo hay que respetar a Tartufo es precisamente por la enorme dignidad con que lleva su pobreza. Ahora puede estar en un mal momento, pero en su pueblo era un gran señor, y yo le ayudaré a volver a serlo...

DOROTEA:

Sí, eso del señorío lo repite mucho... Vanidad, por cierto, que está más cerca de la soberbia que de la sencillez. ¿Cómo va a poder casarse Mariana, que es un encanto, con un hombre tan presuntuoso y tan falso? ¿Qué puede resultar de un matrimonio así? Peligra mucho la virtud de una mujer cuando se la obliga a casarse contra su voluntad. La conducta de las casadas depende mucho del carácter de sus maridos. Los cornudos son casi siempre los culpables de que sus mujeres sean infieles.

ORGON:

¡Tú me vas a enseñar a vivir!

DOROTEA:

Nunca está de más seguir un buen consejo.

ORGON:

Bueno, Mariana. Yo soy tu padre y sé lo que te conviene. Es cierto que autoricé tu boda con Valerio. Pero me parece que ese muchacho es ateo. Por lo menos no se ve mucho por la iglesia.

DOROTEA:

¡A lo mejor no va a la misma hora que los mirones!

ORGON:

¡Esta boda será una maravilla! Y verás que será un buen marido. Tierno, dulce y enamorado... Será un matrimonio entre dos ángeles... Sin penas, sin disgustos. El hará lo que le pidas...

DOROTEA:

Le pondrá unos cuernos como una catedral.

ORGON:

¿Pero qué lenguaje es ése? ¡Cállate y no te metas en lo que no te importa!

DOROTEA:

Lo digo por su bien...

ORGON:

Deja de preocuparte por su bien y quédate callada de una vez...

DOROTEA:

Lo hago por cariño...

ORGON:

No hace falta que nos quieras tanto...

DOROTEA:

¡Es que no puedo evitarlo!

ORGON:

¡Cállate!

DOROTEA:

El honor de esta casa es como si fuera el mío.

ORGON:

¿Es que no te piensas callar nunca?

DOROTEA:

Mi conciencia no me deja ver esa boda con tranquilidad...

ORGON:

¡Cállate de una vez, víbora!

DOROTEA:

Eso es ira... y la ira es pecado.

ORGON:

Sí, tú me sacas de mis casillas... Por última vez... ¡Cállate!

DOROTEA:

Me callo... pero no puede evitar que piense... ¡Y lo que estoy pensando...!

ORGON:

Piensa todo lo que te dé la gana... pero mantén la boca cerrada... (*A Mariana*) Soy una persona responsable, Mariana, y lo he meditado muchísimo...

DOROTEA:

¡Si no abro la boca, me ahogo! (*Se calla cuando Or-*

gón vuelve la cabeza hacia ella).

ORGON:

(*A Mariana*) Sin ser lo que se llama buenmozo, Tartufo no está mal hecho...

DOROTEA:

¡Es flaco como un espárrago!

ORGON:

¿No vas a obedecer mis órdenes?

DOROTEA:

No estoy hablando con usted.

ORGON:

Entonces, ¿con quién hablas?

DOROTEA:

Conmigo misma.

ORGON:

Tendré que darte un buen par de bofetadas. (*Se decide a abofetear a Dorotea, pero cada vez que deja de hablar a Mariana y se vuelve, Dorotea se queda rígida y callada*) Hija, Mariana, tienes que aceptar mi voluntad... Piensa que el esposo que te he elegido... (*A Dorotea*) ¿Qué dijiste?

DOROTEA:

Yo no he dicho ni pío.

ORGON:

Atrévete a decir algo... Mariana, hija...

DOROTEA:

¡Tartufo no me gusta!... Lo dije... Ya está. (*Huye*)

ORGON:

(*Después de fallar una bofetada a Dorotea*) ¡Es el demonio! ¡Esta mujer es el demonio! ¡Una invitación al pecado! ¡Dios me perdone! Me ha sacado de mis casillas. ¡Me voy!... ¡Me voy a tomar un poco de aire!

(*Se va furioso*)

ESCENA TERCERA: DOROTEA Y MARIANA

DOROTEA:

Pero Mariana, por el amor de Dios, ¿te has quedado muda? Yo he tenido que hablarlo todo. ¿Cómo puedes soportar que te propongan esa boda de locos sin



armar un escándalo?

MARIANA:

¿Y qué se puede hacer frente a un padre que es un tirano?

DOROTEA:

¡Algo! ¡Lo que sea, con tal de liberarse de ese matrimonio!

MARIANA:

Pero ¿qué?

DOROTEA:

Puedes decirle que un ser humano no puede enamorarse en nombre de otro... Decirle que eres tú la que se tiene que casar... y que si tanto le gusta, que se case él con Tartufo.

MARIANA:

Mi padre es tan autoritario, que nunca en la vida me he atrevido a llevarle la contraria...

DOROTEA:

Valerio te quiere... Ahora contéstame... ¿a ti Valerio te gusta o no te gusta?

MARIANA:

Sabes que lo quiero con toda mi alma.

DOROTEA:

Y ¿tiene, de verdad, muchas ganas de casarse?

MARIANA:

Sí.

DOROTEA:

¿Y que piensas de este santurrón que se ha sacado tu padre de la manga?

MARIANA:

Primero me mato antes que casarme con Tartufo.

DOROTEA:

¡La solución perfecta! ¡Y muy elegante! No se me había ocurrido... Te suicidas y se acabó el problema.

MARIANA:

¡Ríete! ¡Ríete de las penas ajenas!

DOROTEA:

Sí, me río... Me río de los que lloriquean y se acobardan a la hora de dar la batalla.

MARIANA:

Yo no me acobardo. Yo soy cobarde.

DOROTEA:

En este mundo, para querer de verdad, hay que ser muy valiente...

MARIANA:

Entonces soy valiente, porque quiero de verdad a Valerio. Pero creo que es él quien tiene que salvarme de mi padre.

DOROTEA:

¿Ei? Si tu padre es un loco y Tartufo un intrigante... ¿Le vamos echar encima la culpa al pobre Valerio?

MARIANA:

No es eso. Lo que pasa es que si rechazo violentamente a Tartufo, todo el mundo se dará cuenta que estoy enamorada de Valerio. Y tengo pudor de revelar mi amor públicamente.

DOROTEA:

Mira, Mariana, a mí me está pareciendo que a ti Tartufo no te cae tan mal, después de todo. A lo mejor es un buen partido. No es nada de tonto; no asusta de físico. Con un poco de suerte, vivirás muy contenta con un marido como él. ¡Animo, Mariana, ánimo! ¡La felicidad te espera!

MARIANA:

¡Dios mío!

DOROTEA:

¡Qué lindo ser la mujer de un tipo así!

MARIANA:

¡Por favor! ¡Basta! No digas más tonterías y ayúdame...

DOROTEA:

No. Una hija debe obedecer a su padre aunque quiera casarla con un mono. ¿De qué te quejas tú? Tienes mucha suerte. Tartufo es casi humano.

MARIANA:

¡Basta! ¡Basta! ¡No puedo más! ¡Aconsejame! ¡Dime que es lo que tengo que hacer!

DOROTEA:

Casarte con Tartufo...

MARIANA:

Bueno, si te sigues burlando de mí... *(Hace ademán de marcharse).*

DOROTEA:

¡Ven acá, tontita! ¡Ven acá! ¡Se me parte el alma si te veo sufrir!

MARIANA:

Te juro que me mato, Dorotea... Te juro... ¡Si mi padre insiste, me mato! .

DOROTEA:

Ya... ya... no llores más. Lo impediremos. No sé cómo, pero lo impediremos. Y no llores. Ahí viene Valerio y no está bien que te vea así. *(Entra Valerio. Viene nervioso y alterado).*

ESCENA CUARTA: VALERIO, MARIANA Y DOROTEA

VALERIO:

Mariana, acaban de darme una noticia que no puedo creer.

MARIANA:

¿Qué noticia?

VALERIO:

Que te casas con Tartufo.

MARIANA:

A mi padre se le ha metido esa idea en la cabeza.

VALERIO:

Tu padre me había dado su palabra...

MARIANA:

Ahora ha cambiado de parecer. Quiere me me case con Tartufo.

VALERIO:

Y... tú... ¿con quién quieres casarte?

MARIANA:

No lo sé.

VALERIO:

¿No lo sabes?! Una respuesta muy clara. No lo sabes

MARIANA:

No lo sé.

VALERIO:

¿No?

MARIANA:

¿Tú qué me aconsejas?

VALERIO:

¿Yo? ¿Qué quieres que te aconseje? ¡Qué te cases con Tartufo!

MARIANA:

¿Ese es tu consejo sincero...?

VALERIO:

Si.

MARIANA:

¿De verdad?

VALERIO:

Claro. Es muy buen partido. Me parece que no debes despreciarlo...

MARIANA:

Muy bien... Acepto tu consejo.

VALERIO:

No parece que te cueste mucho trabajo aceptarlo.

MARIANA:

El mismo que a ti te ha costado darlo...

DOROTEA:

(Aparte) Pero... ¿qué les pasa a este par de idiotas?

VALERIO:

¿Así era como me querías? ¿Cómo se puede engañar a una persona de ese modo?

MARIANA:

¡Mejor no hablemos de engaños!... Me has dicho muy claro que me case con Tartufo... y ya te dije que estoy de acuerdo. Acepto tu consejo y me casaré con él.

VALERIO:

Poco debo valer, cuando me cambias por otro tan fácilmente. Pero ten la seguridad de que encontraré quien me consuele... Hay muchas mujeres en el mundo...

MARIANA:

Eso es verdad. Y yo no soy de las mejores. Conmigo pierdes poco.

VALERIO:

Poco o mucho, mi amor propio me ayudará a no pensar más en ti.

MARIANA:

Hablas cada vez mejor. Estas diciendo cosas muy bonitas.

TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.

Violeta Vidaurre, Pedro Villagra y Miriam Carrasco.



VALERIO:

Las que diría cualquiera... ¿O es que crees que un hombre puede seguir queriendo... así... lejos y en silencio, a una mujer que lo abandona para casarse con otro? Y acuérdate siempre que fuiste tú la que me obligó a...

MARIANA:

Me acordaré.

VALERIO:

Y que fuiste tú la que dio el ejemplo.

MARIANA:

De acuerdo. Fui yo...

VALERIO:

Entonces; lo nuestro se acabó...

MARIANA:

Ya me lo has dicho tres veces.

VALERIO:

No te preocupes. No te lo repetiré. No pienso volver a verte en toda mi vida... *(Inicia la salida)*.

MARIANA:

¡Adiós! *(Valerio vuelve)*.

VALERIO:

¿Que dijiste?

MARIANA:

¿Ah?

VALERIO:

¿Ma llamaste?

MARIANA:

¿Yo? ¿Estás soñando.

VALERIO:

Perdona. Ahora sí que me voy para siempre. Adiós, Mariana.

MARIANA:

Adiós...

DOROTEA:

Par de idiotas rematados. No sirve para nada dejarlos desahogarse. Son tontos sin remedio. ¡Eh, Valerio! *(Se lanza a detener a Valerio que finge una gran resistencia)*.

VALERIO:

¿Qué quieres, Dorotea? ¡Déjame!

DOROTEA:

¡Ven aquí!

VALERIO:

¡No, no, no puedo! ¿No oíste? ¡Ella me echó!

DOROTEA:

¡Ven acá, te digo!

VALERIO:

¡Esto se terminó!

DOROTEA:

Esto está empezando, tonto.

MARIANA:

No quiere ni verme. ¡Será mejor que me vaya!

DOROTEA:

¡Ahora la otra! ¿dónde vas tontita? *(Suelta a Valerio y va detener a Mariana)*.

MARIANA:

¡Déjame!

DOROTEA:

¡Ven aquí!

MARIANA:

No, Dorotea... no vale la pena... Es inútil.

VALERIO:

No hay caso. No me quiere. ¡Lo mejor es que me vaya!

DOROTEA:

(Suelta a Mariana y corre a evitar que se marche Valerio) ¿Otra vez?... ¡Váyanse al infierno los dos... Pero juntos. ¡Vengan los dos para acá! *(Los pone frente a frente)*.

VALERIO:

¿Qué quieres, Dorotea?

MARIANA:

¿Qué pretendes hacer?

DOROTEA:

¿Que qué pretendo? ¡Sacarlos de este lío y casarlos! Son tan idiotas que está claro que están hechos el uno para el otro... Ella sólo te quiere a ti, te lo aseguro... *(A Mariana)* Y él no quiere otra cosa que casarse contigo, ¿No te das cuenta?

MARIANA:

¿Y por qué me dices que me case con Tartufo?

VALERIO:

¿Y a quién se le ocurre preguntar esa estupidez?

DOROTEA:

No hay caso. Son dos perfectos idiotas así que... ¡A fabricar idiotas los dos juntos... *(A Valerio)* Dame tus manos.

VALERIO:

¿Para qué? *(Extiende los brazos. Dorotea los coloca sobre los hombros de Mariana)*.

DOROTEA:

Mariana... *(Mariana alarga los brazos y Dorotea los apoya en los hombros de Valerio)*.

MARIANA:

¿Qué quieres hacer?

DOROTEA:

(Dándole un empujón que los obliga a abrazarse). Por las buenas... o por las malas. ¡Abrácese, tontos! ¡Se quieren más de lo que ustedes creen!

VALERIO:

Si te molesta, te suelto. No quiero que me odies. *(Mariana levanta los ojos y lo mira con cariño)*.

DOROTEA:

¡Visto desde afuera, el amor es cosa de idiotas!

VALERIO:

¿Por qué me dijiste cosas tan dolorosas?

MARIANA:

¿Y tú? ¿No me has hecho sufrir?

DOROTEA:

Se cierra el capítulo de los reproches... Se abre debate para encontrar una forma de impedir el casorio de la tontita aquí presente, con el mamarracho llamado Tartufo...

MARIANA:

Tú que sabes tanto, inventa una manera...

DOROTEA:

¿Una? Inventaremos todas las maneras necesarias para engañarlo. Tendrás que decir que estás de acuerdo.. Es la única forma de retrasar la boda. Lo más importante es ganar tiempo. Después, podrías enfermarte... hacerte la loca, ver visiones... Lo que se te ocurra. Piensa que mientras tú no des el "sí", no te casa ni el

Papa. Pero, para organizar mejor la resistencia, nadie debe verlos juntos. *(A Valerio)*. Así que debes irte inmediatamente y empieza a mover a tus amigos... Al fin y al cabo, hay una palabra dada... ¡Andate ya!

VALERIO:

(A Mariana). Lucharé... ¡Lucharé con toda mi alma!

MARIANA:

Te juro que no me casaré más que contigo...

VALERIO:

Gracias, mi vida... ¡Ya no tengo miedo!

DOROTEA:

¡Pero ándate! ¡Qué difícil es que se callen dos enamorados!

VALERIO:

(Se vuelve y abraza a Mariana). ¿Estás segura, Mariana? ¿Me quieres?

DOROTEA:

Pero hombre, si ya te lo dijo. ¡Te quiere! ¡Te quiere! *(Los separa de un tirón y empuja por lados distintos)* ¡Uno por ahí y el otro por acá! *(Salen Valerio y Mariana. Dorotea suspira y sonríe. Después de una pausa entra Daniel bastante alterado)*.

ACTO III

ESCENA PRIMERA: DANIEL Y DOROTEA

DANIEL:

¡Qué me parta un rayo aquí mismo! ¡Mi padre quiere casar a mi hermana con Tartufo! Tengo que cortarle las alas a ese hijo de su madre. ¡Voy a armar la grande!

DOROTEA:

Tranquilo, Daniel, tranquilo... Por el momento, tu padre no ha hecho más que hablar... y del dicho al hecho hay mucho trecho. ¡Figúrate el que habrá del dicho al hecho! Deja que tu madrastra se las arregle con tu padre y con Tartufo. Ella prometió hablar con él, así sabrá lo que piensa de ese dichoso matrimonio. Tratará de hacerlo desistir.

DANIEL:

Yo tengo que oír esa conversación...



DOROTEA:

No. Será una conversación sin testigos...

DANIEL:

¡Pero si yo no voy a intervenir!

DOROTEA:

Si, si como si no te conociera. ¡Con lo apasionado que eres, lo echarías todo a perder! Sé bueno y ándate.

DANIEL:

No, quiero estar presente y te aseguro que no diré nada, pase lo que pase...

DOROTEA:

¡Cuidado! ¡Ahí viene! ¡Métete ahí! *(Daniel se esconde. Entra Tartufo).*

ESCENA SEGUNDA: TARTUFO Y DOROTEA

TARTUFO:

(Que ha visto a Dorotea) ¡Lorenzo, guarda el cilicio donde está el misal y sigue rogando a Dios que nos ilumine con su gracia. Si alguien pregunta por mí, dile que estoy de visita de caridad en la cárcel, repartiendo el dinero de las limosnas entre los presos.

DOROTEA:

(Aparte) ¡Fanfarrón!

TARTUFO:

¿Quería usted algo de mí?

DOROTEA:

Si.. decirle que...

TARTUFO:

(Sacando un pañuelo). ¡Por favor! ¡Antes de decir nada, tome este pañuelo.

DOROTEA:

¿Para qué?

TARTUFO:

Para taparse los pechos. Mis ojos no pueden ver esos objetos... porque son dos... Esas carnes descubiertas escandalizan a las almas inocentes... y activan los malos pensamientos.

DOROTEA:

¡Caramba! Usted cae muy fácil en la tentación, ¡No

sabía que lo pone tan nervioso la vista de un poco de carne! Yo me quedaría completamente indiferente aunque lo viera a usted como Dios lo echó al mundo, con todas sus presas al aire.

TARTUFO:

Le ruego que guarde pudor en su lenguaje, o me marcho en el acto...

DOROTEA:

No... no... La que se va soy yo. Sólo tengo que decirle que la dueña de esta casa quiere hablar un momento con usted.

TARTUFO:

¡Ah! ¡Con mucho gusto!

DOROTEA:

(Aparte) ¡Cómo cambia! ¡Dorotea, piensa mal y acertarás!...

TARTUFO:

¿Vendrá pronto?

DOROTEA:

Me parece que ahí viene. Si, es ella... los dejo juntos. *(Sale Dorotea. Entra inmediatamente Elmira).*

ESCENA TERCERA: ELMIRA Y TARTUFO

TARTUFO:

¡Señora, que la infinita bondad divina conceda a usted toda la salud del alma y del cuerpo. Lo desea este servidor. A cada instante pido a Dios que bendiga sus pensamientos y sus actos...

ELMIRA:

Muchas gracias. Pero siéntese. Estaremos más cómodos...

TARTUFO:

(Se sienta) ¿Cómo se ha sentido? ¿Pasó ya ese dolor?

ELMIRA:

Pasó, gracias. Esta mañana se me quitó la fiebre.

TARTUFO:

Todas mis oraciones han estado orientadas a rogar por su salud.

ELMIRA:

Le agradezco mucho su interés y su simpatía...

TARTUFO. Teatro Itinerante, 1985.
Alberto Chacón, Pedro Villagra y René Silva.



TARTUFO:

Nunca será bastante para lo que usted merece... Si fuera posible, habría ofrecido mi salud a cambio de la suya.

ELMIRA:

Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana. En todo caso, muchas gracias.

TARTUFO:

De nada.

ELMIRA:

Quiero que hablemos reservadamente de un asunto y espero que nadie nos interrumpa.

TARTUFO:

Me alegro mucho que el destino me permita poder verla y hablar con usted a solas... ¡Se lo he pedido tanto al cielo!

ELMIRA:

Lo que quiero es que me hable con la mayor franqueza. Sin ocultar lo que piensa... Nada...

TARTUFO:

Me hace usted feliz, señora... El deseo de franqueza es recíproco. Pero, ante todo, permítame decirle que si en alguna ocasión he comentado, criticado o protestado sobre la vida de esta casa, no ha sido por antipatía hacia usted, sino por lo contrario. Es un impulso irreprimible...

ELMIRA:

Así lo he entendido... Que todo lo que usted hace, cree que lo hace por nuestro bien...

TARTUFO:

(Toma la mano de Elmira y le acaricia los dedos). Si, señora, sin duda. Mi fervor hacia usted es tal, que...

ELMIRA:

¡Ay! ¡Cuidado! ¡Me está apretando un dedo!

TARTUFO:

¿Ve? Es ese impulso irreprimible... ¿Cómo voy a querer hacerle daño a sus deditos... *(Coloca una mano en la rodilla de Elmira)*.

ELMIRA:

¿Qué hace su mano en mi rodilla?

TARTUFO:

Es por la tela. Me interesa mucho. Es tan suave...

ELMIRA:

Suave o no, me está haciendo cosquillas... *(Retira su silla de la de Tartufo pero éste vuelve a acercarse. Le acaricia los hombros)*.

TARTUFO:

¡Qué encaje tan maravilloso! ¡Que precioso trabajo!
¡Nunca he visto nada igual!

ELMIRA:

Si, es bonito. Pero déjelo tranquilo y hablemos de nuestro asunto. He oído que mi marido quiere romper la palabra que había dado a Valerio y casar a Mariana con usted. ¿Es verdad, o no?

TARTUFO:

Algo de eso me ha dicho, pero lo cierto es que no es ese el regalo que yo espero. La felicidad con que sueño está en otra parte.

ELMIRA:

Claro. En el cielo.

TARTUFO:

No. Un poco más abajo... ¿Usted cree que yo soy de piedra?

ELMIRA:

Usted nos ha hecho creer que todos sus suspiros van al cielo y que no le interesa nada de cuanto puede ofrecer este valle de lágrimas.

TARTUFO:

Señora, se puede amar mucho a las cosas espirituales sin tener que despreciar las terrenales. No hay nada de malo en admirar lo que Dios ha creado. Y hay que reconocer que si las mujeres le salieron bastante bien, usted es de las mejores. No puedo contemplarla tranquilamente, sin admirar al autor de la naturaleza y sin enamorarme de esta obra maestra. Al principio este descubrimiento me pareció cosa del demonio y traté de apartarme. Pensaba que una cosa tan apetitosa tenía que ser, forzosamente, un peligro para mi alma. Pero de pronto descubrí que mirar no tiene por qué ser pecado, y se le puede decir perfectamente a una señora que está de comérsela, sin que se nos caiga el cielo en la cabeza. No sé que pensará usted de tanto atrevimiento pero... no puedo resistir más. De usted

depende mi dicha o mi desgracia. En sus manos está hacerme el hombre más feliz o el más desdichado...

ELMIRA:

¿Se me está declarando? ¡No lo puedo creer! ¡Pedazo de mosca muerta! Debería darse unos cuantos latigazos como penitencia y reflexionar sobre todas las tonterías que ha dicho. ¿Cómo es posible que una persona famosa por su aparente castidad...?

TARTUFO:

Señora, mi fama no me impide ser hombre, y usted es mujer, y ambos podríamos... ¿O es que no me ha entendido? Yo sé que estas palabras no son las del Ángel de la Guarda. Pero soy inocente. Yo no soy culpable de que usted tenga un cuerpo capaz de resucitar a un muerto. He hecho todo lo que he podido para resistir. He ayunado, he llorado, he hecho ejercicios físicos... Nada. Pero ¿No se ha dado cuenta? ¿No ha visto cómo se me van los ojos cada vez que usted pasa? Y nunca pude decirselo... ¡Sea buena conmigo! ¡Le juro que no volverá a encontrar un hombre tan fiel y tan leal como yo. Además, conmigo no corre ningún peligro. Yo no soy como esos que, después de conquistar a una mujer, se lo cuentan a medio mundo. Yo también tengo que defender mi reputación, igual, que usted, y esa es una garantía de que estaré con la boca bien cerrada. Yo le prometo amores sin escándalo y placeres sin peligros...

ELMIRA:

La verdad es que su desfachatez me ha dejado bastante sorprendida. ¿Qué pasará si yo le cuento a mi marido de sus requerimientos? ¿Y que hay de las promesas de amistad que él le ha hecho a usted, y que cree correspondida?

TARTUFO:

Sé que usted es demasiada buena y que comprenderá la audacia de mi espíritu y la debilidad de mi carne. Una mujer no se puede enojar si provoca una pasión. Y no soy ciego... ni de mármol.

ELMIRA:

No sé lo que haría otra mujer en mi lugar. Pero yo soy discreta y no diré a mi marido una palabra de todo esto. Pero, a cambio, le voy a pedir un favor. Ayú-

deme a conseguir que Valerio y Mariana se casen. Y usted, renuncie al mal uso de la influencia que tiene sobre mi marido y que tantos disgustos nos está causando a todos. *(Entra Daniel violentamente).*

ESCENA CUARTA: ELMIRA, DANIEL Y TARTUFO

DANIEL:

¡Ah, no! ¡Componendas no! Todo el mundo tiene que conocer la desvergüenza de este granuja. ¡Yo estaba escondido ahí y lo oí todo! ¡Doy gracias a Dios, que me ha permitido descubrir hasta dónde puede llegar el descaró de este miserable! ¡Te vas a acordar de mí! ¡Vas a pagar caro tu hipocresía y tu insolencia! Espérate que venga mi padre y le cuente todo, con pelos y señales.

ELMIRA:

Tú no tienes que decir nada, Daniel. Tartufo está arrepentido y hará todo lo posible para que lo perdonemos ¿no es verdad? Es preferible evitar el escándalo. ¿Para qué quieres darle un disgusto a tu padre?

DANIEL:

Tú tendrás tus razones, pero perdonar a este imbécil sería un disparate. Tiene que pagar su beatería hipócrita y el haber acabado con la tranquilidad de esta casa.

ELMIRA:

¡Hazlo por mí, Daniel! *(Entra Orgón).*

ESCENA QUINTA: ORGÓN, DANIEL, TARTUFO Y ELMIRA.

DANIEL:

Padre, llegas muy a tiempo para enterarte de algo que te dará una buena sorpresa. En compensación a tu generosidad... y en pago a todo tu afecto... este caballero ha intentado enamorar a tu mujer. Elmira es muy discreta y no te lo quería decir. Pero yo sí... Creo que es mucho peor callarse.

ELMIRA:

No quería disgustarte repitiendo todas las tonterías que he oído. El honor de una mujer no depende de

que el marido se entere o no se entere. Mi honor lo sé defender muy bien yo sola, sin tanto escándalo. Daniel no te habría contado nada, si yo tuviera alguna autoridad sobre él. *(Sale sin mirar a Tartufo).*

ESCENA SEXTA: ORGÓN, DANIEL Y TARTUFO

ORGÓN:

¡Dios mío! ¿Tendré que creer lo que acabo de oír?

TARTUFO:

Sí, hermano... lo que has oído es verdad... soy culpable, perverso... pecador... Mi vida está cargada de crímenes horribles. Soy una basura... una inmundicia y el cielo castiga ahora mis inmensas culpas. Se me acusa de lo que se me acuse, no cometeré el terrible pecado de soberbia, defendiéndome. ¡Hermano, cree todo lo que te digan de mí! ¡Echame de tu casa como a un criminal! ¡Toda la vergüenza que caiga sobre mi cabeza es un castigo merecido por haber llevado una larga vida indigna y despreciable... Así sea.

ORGÓN:

(A Daniel) ¡Canalla! ¡Eres un canalla! ¿Te atreves a difamar a este espejo cristalino de modestia y virtudes?

DANIEL:

¡Pero... ¿No me crees? ¿Prefieres hacer caso a la letanía hipócrita de este...?

ORGÓN:

¡Cállate, maldito!

TARTUFO:

¡No, no! ¡Que hable! Y cree, hermano, todo lo que está diciendo... ¿Por qué te vas a poner de mi lado en una situación como ésta? No sabes las infamias de que soy capaz. No me juzgues por mi aspecto exterior de castidad. No, hermano, no te dejes engañar por las apariencias... Yo no soy lo que el mundo piensa. Todos me toman por un hombre de bien... ¡Pero no valgo nada! ¡Nada! *(A Daniel)* Habla, amadísimo hijo... habla. Di a tu padre que soy un pérfido, un infame, un perdido, un ladrón y un asesino. Busca los peores insultos... No me defenderé... De rodillas sí, de rodillas quiero que caiga sobre mí la vergüenza que me-

TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Miriam Carrasco, Violeta Vidaurre y Osvaldo Silva.



rezco por toda mi vida de pecado. (*Intenta arrodillarse y Orgón trata de impedirlo*).

ORGON:

(*A Tartufo*) Por Dios, hermano, por Dios... (*A su hijo*) ¡Hiena miserable!

DANIEL:

¿Te vas a dejar engañar con toda esta palabrería ridícula?

ORGON:

¡Silencio! ¡Silencio! ¡Calumniador! (*A Tartufo, que ha conseguido arrodillarse*) ¡Levántate, amigo mío, por favor, levántate! (*A su hijo*) ¡Infame! (*Tartufo se levanta forzado por Orgón*).

DANIEL:

¿Pero cómo es posible que...?

ORGON:

¡He dicho "silencio"!

DANIEL:

¡Es que me ahogo de rabia!... ¿Cómo me voy a callar cuando este...

ORGON:

¡Si dices una palabra más, te rompo la cara...!

TARTUFO:

Serenidad, hermano... serenidad. ¡En el nombre de Dios, te pido un poco de serenidad. Prefiero sufrir el peor de los castigos, antes de que tu amado hijo reciba un solo golpe...

ORGON:

(*A Daniel*) ¡Cobarde!

TARTUFO:

Déjalo, hermano... Te lo pido de rodillas. (*Vuelve a caer de rodillas*).

ORGON:

(*Arrodillándose también delante de Tartufo*). ¡Perdóname, hermano! ¡Perdónanos! (*A su hijo*) ¡Mira este ejemplo de humildad! ¡Míralo! ¡Degenerado!

DANIEL:

Pero ¿qué tengo que hacer para que me creas...?

ORGON:

¿Piensas que no sé por qué lo calumnias miserable? Todos en esta casa lo odian... mis hijos... mis criados... mi mujer... todos están en contra de este verdadero

santo. Son capaces de inventar cualquier infamia para que se vaya de esta casa... ¡Pero no se saldrán con la suya! ¡Cuanto más se esfuercen por echarlo, más haré yo para retenerlo! ¡Y lo casaré con Mariana! ¡Si! ¡Lo casaré lo más pronto posible, para acabar de una vez por todas con el orgullo criminal de esta familia! (*Se han levantado Tartufo y Orgón*).

DANIEL:

¡Tendrás que casar a Mariana amarrada!

ORGON:

¡La casaré como sea, canalla, y hoy mismo, para que revienten de rabia lo antes posible! ¡Los desafío a todos! ¡Vamos a ver quién manda aquí!... Y ahora ¡píde perdón! ¡De rodillas, canalla! ¡A sus pies, pídele perdón por tus ofensas!

DANIEL:

¿Quién? ¿Yo? ¿Qué yo le voy a pedir perdón a este sinvergüenza?

ORGON:

¡Obedece a tu padre! ¿Vas a seguir injuriándolo? (*A Tartufo*) ¡Fuera de esta casa! ¡Fuera! ¡Y no te atrevas a volver jamás!

DANIEL:

Me voy. Me voy, pero esto no ha terminado...

ORGON:

¡A la calle ahora mismo! ¡Estás desheredado, Caín! ¡Y, además, te maldigo!... ¡Fuera de aquí! (*Sale Daniel*).

ESCENA SEPTIMA: ORGON Y TARTUFO

ORGON:

¡Ofender de ese modo a un santo! ¡Un santo...!

TARTUFO:

¡Dios mío, perdónale todo el daño que me ha hecho! (*A Orgón*) ¡Hermano, tengo ganas de llorar al oír cómo me calumnian.

ORGON:

Y yo...

TARTUFO:

¡Es terrible comprobar la ingratitud humana! ¡Qué ho-

*TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Alberto Chacón y Violeta Vidaurre.*



rorr! ¡Qué horror, hermano! Tengo una opresión en el pecho... Creo que este disgusto me ha afectado el corazón... ¡Me muero!

ORGON:

(Corre llorando hacia la puerta donde salió su hijo)
¡Asesino! *(A Tartufo)* ¡Vuelve en ti, hermano, reponete por Dios... Tranquilízate...

TARTUFO:

Bueno. Terminemos de una vez esta triste conversación... Tu casa está completamente perturbada por mi culpa. Tengo que irme de ella lo antes posible...

ORGON:

¿Qué dices? ¿Estás hablando en serio?

TARTUFO:

Muy en serio. Aquí me odian y pretenden hacerte dudar de mí...

ORGON:

No lo conseguirán... Nunca lo conseguirán...

TARTUFO:

Seguirán insistiendo. Insistirán una y otra vez, y un día terminarás por hacerles caso....

ORGON:

¡Jamás, hermano mío, jamás...!

TARTUFO:

Si... sí... Una mujer siempre convence a su marido de lo que quiere...

ORGON:

¡A mí no me convencerá!

TARTUFO:

Me iré de todas maneras, hermano... así no tendrán oportunidad de difamarme.

ORGON:

Tú te quedas aquí. Es cuestión de vida o muerte para mí.

TARTUFO:

Ya que insistes, me lo impondré como penitencia. Me quedo.

ORGON:

Gracias, gracias. *(Orgón no deja de lloriquear).*

TARTUFO:

Y no se hable más del asunto. Ya sé cual deberá ser mi actitud de ahora en adelante. El honor conyugal

es sagrado y tu amistad me obliga a evitar con sumo cuidado cualquier motivo de sospecha... Creo que no debo volver a hablar con tu mujer.

ORGON:

Al contrario, hermano, al contrario, ¡Qué digan lo que quieran, eso me tiene sin cuidado! Puedes estar con mi mujer a la hora que quieras. Confío plenamente en ti. Eres un santo. Y para que se mueran de rabia los que te atacan, pondré todos mis bienes a tu nombre. Ya que vas a casarte con mi hija, es lógico que te hagas cargo de todos los asuntos económicos de la familia... ¿No te parece? ¿Estás de acuerdo?... ¿Me harías ese favor?

TARTUFO:

¡Hágase la voluntad de Dios!

ORGON:

¡Vamos inmediatamente al Notario. Firmaremos ahora mismo el traspaso de los bienes! ¡Y que revienten todos de una vez! *(Salen los dos).*

APAGON. FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ACTO IV

ESCENA PRIMERA: CLEMENTE Y TARTUFO

CLEMENTE:

Creo que es mi deber decirle lo que pienso con toda claridad. Supongo que es verdad que Daniel se portó grosero y que su acusación es injusta, pero un buen cristiano, como usted, debe perdonar las ofensas y renunciar a eso que los ateos llaman "el placer de la venganza" ¿Piensa usted hacerse responsable de que un padre expulse a su hijo de su propio hogar? ¡Por favor! Deje que los ánimos se calmen. Ayude a la reconciliación de Daniel con su padre.

TARTUFO:

Amigo querido, daría mi vida por hacer lo que usted me pide. No le guardo el menor rencor a ese muchacho. Al contrario. Todo se lo he perdonado, y haría cualquier cosa por él...Pero... La justicia del cielo

TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
María Angélica Arcos, Alberto Chacón y René Silva.



no puede consentirlo. Si Daniel vuelve a esta casa, yo tendría que marcharme. Después de lo que dijo, cualquier contacto entre nosotros sería mal visto. ¡Qué diría la gente! Creerían que yo soy culpable y que estoy tratando de comprar su silencio con mi perdón.

CLEMENTE:

¡Pero hombre! ¡Deje que el cielo administre justicia! No olvide que la obligación de un buen cristiano es perdonar a los que nos ofenden. La misericordia divina no se preocupa del qué dirán. No se prive de un gesto de bondad.

TARTUFO:

Ya se lo dije. Ya he perdonado a ese muchacho, como Dios manda. Pero Dios no me obliga a que conviva con él.

CLEMENTE:

¿Y es Dios quién lo obliga a que acepte una escritura a su nombre de una fortuna a la que usted no tiene absolutamente ningún derecho?

TARTUFO:

Nadie que me conozca pensará que yo soy una persona interesada en los bienes materiales. Si me he decidido a aceptar esa transferencia, es por miedo a que esa fortuna caiga en malas manos, en vez de servir a la causa divina de la misericordia y al provecho de la comunidad.

CLEMENTE:

¿Por qué no deja a los herederos naturales correr el riesgo de arruinarse o hacer con ese dinero lo que les dé la gana? Eso sería más justo a los ojos de Dios, a que lo gaste usted. ¡No sé cómo no se muere de vergüenza de haber aceptado el ofrecimiento de Orgón! ¿Por qué no da una muestra de sentido común marchándose de esta casa, en vez de obligar a salir a Daniel?

TARTUFO:

Perdóneme, pero es la hora de mis oraciones. Me habría gustado mucho continuar con esta conversación, pero la oración es la oración. Continuaremos otro día.

CLEMENTE:

No es posible... *(Sale Tartufo. Clemente está descon-*

certado. Entran, nerviosas, Elmira, Mariana y Dorotea).

ESCENA SEGUNDA: ELMIRA, MARIANA, DOROTEA Y CLEMENTE

DOROTEA:

¡Por favor! ¡Ayúdenos a salvar a Mariana! ¡Está desesperada! ¡Hay que evitar esta boda! *(Entra Orgón)*

ESCENA TERCERA: LOS ANTERIORES Y ORGON

ORGON:

¡Ah! ¡Qué bueno que están todos reunidos! *(A Mariana, enseñándole unos papeles)*, Aquí tengo algo que te va a poner de muy buen humor... ¿Adivinas lo que es?

MARIANA:

(Arrodillándose) ¡Por lo que más quieras! ¡Por Dios...! He sido siempre una hija respetuosa... obediente... No me obligues a odiarte... Te debo la vida, pero no me la cobres... ¡Quiero a Valerio! Si no me permites que me case con él, por lo menos no me obligues a casarme con un monstruo que detesto. ¡Dale tu dinero! ¡Dale el nuestro! ¡Dale esta casa, dáselo todo! ¡Pero no me entregues a mí! ¡Me iré a un convento, si quieres!

ORGON:

¡Buena monja serías!... ¡Ponte de pie!... ¡Cuánto más trabajo te cueste esta boda, más méritos harás para la otra vida! ¡Sacrificate, sacrificate!

DOROTEA:

¡Usted está loco!

ORGON:

¡Tu te callas. Habla cuando te pregunten...!

CLEMENTE:

Déjame, al menos, que te dé un buen consejo...

ORGON:

Por bueno, razonable y sensato que sea, no me interesa tu opinión ni tu consejo.

ELMIRA:

Te veo... te oigo... y no sé que decirte... ¡Estás com-

pletamente ciego! Hace falta estar loco para enfrentarte a todos después de lo que ha sucedido...

ORGON:

Lo siento, pero yo soy una persona seria que no se deja engañar por las apariencias. ¿Qué es lo que ha sucedido? Que no te has atrevido a desmentir a Daniel cuando ha inventado esa sucia historia contra el pobre Tartufo... ¡Estabas demasiado tranquila para poder creerles ese cuento de la declaración de amor! ¡Si fuera verdad, habrías estado gritando de indignación!

ELMIRA:

¡Ya ves que no! ¿Tú crees que por los requerimientos groseros de un estúpido, me tengo que poner a dar gritos? Yo me río de esas cosas. La auténtica virtud no necesita ser defendida con escándalos. Con una ligera frialdad es suficiente para desanimar a cualquier atrevido.

ORGON:

Todo eso es muy bonito, pero yo conozco los hechos y no me dejo engañar.

ELMIRA:

¿Y qué dirías si vuelves a ver la escenita con tus propios ojos?

ORGON:

¿Yo?

ELMIRA:

Tú...

ORGON:

¡Qué tontería!

ELMIRA:

Te lo vuelvo a preguntar. ¿Qué dirías si lo ves tú mismo?

ORGON:

¡Eso es imposible!

ELMIRA:

Contesta, por lo menos... Ya no te pido que me creas a mí... Te pido, simplemente, que si tú, escondido en un lugar en que puedas ver y oír... tú... tú mismo... lo ves y lo oyes sin perder una coma... ¿Qué dirías de tu admirado santo...?

ORGON:

En ese caso... hipotético... diría que... No diría nada... porque eso no puede ser verdad.

ELMIRA:

De acuerdo. Esta historia ya ha durado demasiado. Me cansé de que creas que soy una embustera... Tú lo has querido... Te juro que te vas a divertir... Ahora te toca a ti ser testigo.

ORGON:

Acepto. Pero has prometido mucho... ver y oír... Vamos a ver como te las arreglas...

ELMIRA:

(A Dorotea) Llama a Tartufo, por favor...

DOROTEA:

A lo mejor no quiere venir... Es muy zorro. Capaz que huela algo...

ELMIRA:

No sospechará nada. Su vanidad será su perdición. Entre lo que le gusta yo y lo que se gusta a sí mismo, vendrá en seguida... anda a buscarlo... *(A Clemente y Mariana)*. Ustedes salgan también, por favor. Y gracias. *(Los empuja. Salen Dorotea, Clemente y Mariana)*.

ESCENA CUARTA: ELMIRA Y ORGON.

ELMIRA:

Escóndete debajo de esa mesa...

ORGON:

¿Qué?

ELMIRA:

Tienes que estar muy bien escondido...

ORGON:

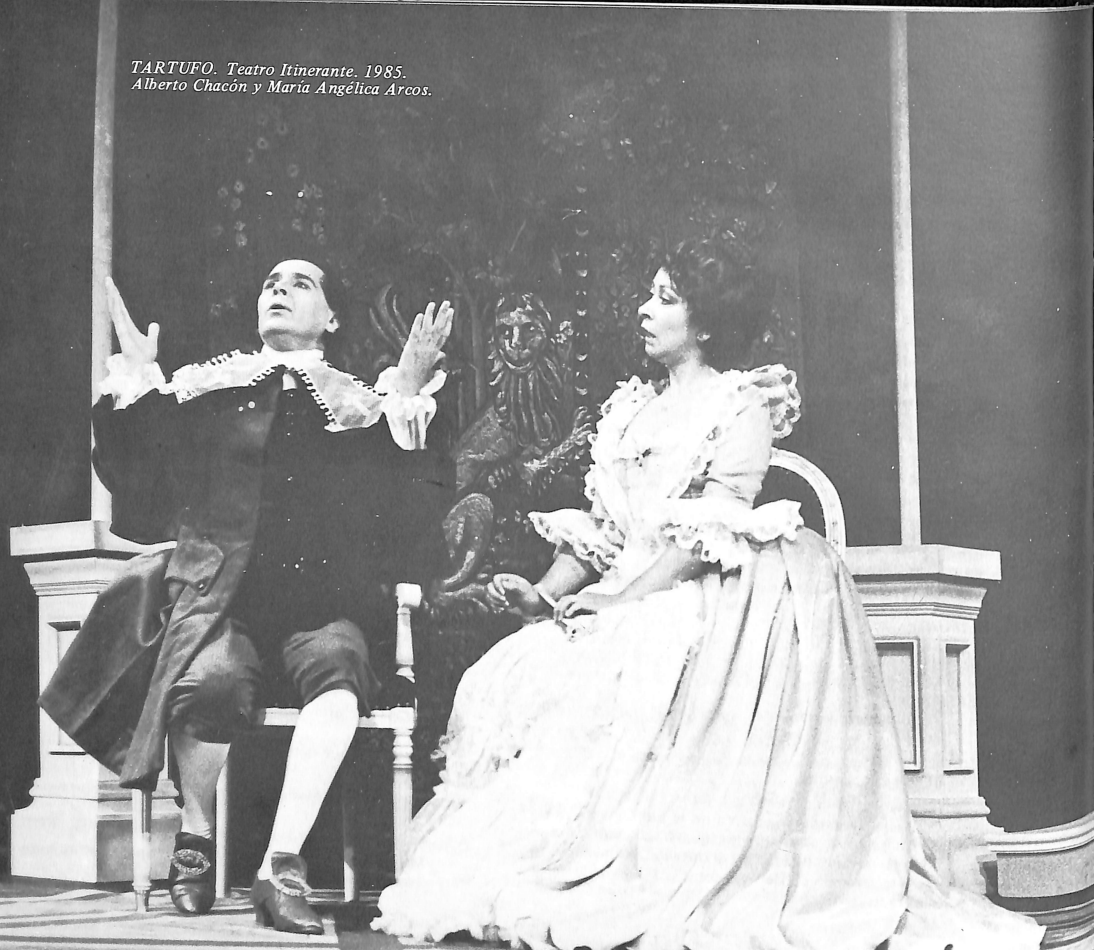
Pero ¿por qué debajo de la mesa?

ELMIRA:

Porque es necesario. Métete ahí y trata que no te vea ni te oiga...

ORGON:

Muy bien. Me esconderé. Veamos cómo sales de todo este lío.



ELMIRA:

No te podrás quejar del espectáculo . . . (*Orgón ya está escondido debajo de la mesa*). Tendrás que aguantar todo lo que pase, sin escandalizarte. Quiero que te convenzas de una vez. Voy a hacer y decir todo lo que me parezca necesario para abrirte los ojos. No sé hasta dónde tendré que llegar con mi coquetería, pero estoy dispuesta a desenmascarar a ese hipócrita . . . Cuando estés convencido, tu serás el único encargado de acabar con la representación. ¡Cuidado, ahí viene . . . (*Entra Tartufo*).

ESCENA QUINTA. TARTUFO, ELMIRA Y ORGÓN,
DEBAJO DE LA MESA.

TARTUFO:

¿Usted quería hablar conmigo?

ELMIRA:

Si, pero . . . a solas . . . Es un secreto entre los dos. Mire antes, no vaya a haber alguien por ahí . . . No quiero otro escándalo cómo el de esta mañana . . . ¡Nunca en mi vida había estado más asustada! Daniel es muy impulsivo y yo estaba temblando por usted. . . Hice todo lo que pude para engañarlo, usted vio, pero no había cómo calmarlo . . . ¡Uf! . . . Me puse tan nerviosa que no me atreví a desmentirlo totalmente y . . . bueno . . . lo importante es que se ha arreglado todo. El cariño que usted me inspira ha disipado mis dudas y mi marido está más confiado que nunca. . . ¡Qué ridículo! ¿Sabe que para demostrar su confianza, quiere que estemos todo el tiempo juntos, usted y yo? Si, si . . . Así es. . . Juntitos. Por eso me he atrevido a llamarlo para . . . para decirle que . . . usted gana . . . Un poco demasiado rápido . . . porque una mujer debe resistir algo más de lo que yo lo estoy haciendo . . . pero . . . usted gana.

TARTUFO:

Eh! . . . este . . . No sé si entiendo bien . . . Hace un rato estuvo bastante dura y . . . seca . . .

ELMIRA:

Tan listo . . . tan sabio . . . tan culto . . . y se enoja por un poquito de resistencia inicial . . . Querido Tar-

tufo, usted no conoce a las mujeres. ¡Cuándo una se defiende un poco es porque está pidiendo a gritos que el ser amado insista . . . es el pudor . . . Por mucho que nos guste un hombre, siempre hay un cierto sentimiento de orgullo . . . y . . . vergüenza! ¿Y mi batalla para impedir su matrimonio con Mariana? ¿No le parece que eso es interesarse por una persona? ¡Estaba furiosa de pensar que esa boda me arrebatará una parte de su corazón, que yo quiero entero para mí. . . !

TARTUFO:

¡Qué gusto me da oír hablar así a una boca tan bonita! ¡Estoy borracho de alegría! . . . Feliz . . . Oír tan claramente que no le soy indiferente. Tengo el corazón dando saltos . . . pero mi cabeza . . . mi cabeza, desconfía. Todo lo que he oído puede ser un sutil invento femenino para obligarme a romper mi boda con Mariana . . . Hablemos francamente. No creeré ninguna de sus palabras tan bonitas, si no van acompañadas de algo más . . . más concreto . . . de una prueba . . . Entonces creeré que yo le gusto y seré el hombre más feliz para siempre.

ELMIRA:

(*Tose, para advertir a su marido*) ¿Una prueba? Eso es ir demasiado rápido . . . Le acabo de entregar mi corazón y ya quiere usted . . . ¡Por favor! ¿Por qué tenemos que llegar tan apurados a ese final tan . . . materialista?

TARTUFO:

Mira, preciosa, yo no me esperaba nada de esto y, de pronto, tú me dices que te gusto. ¡Claro que te creo! . . . Pero por si vuelves a cambiar de opinión, lo más adecuado es que aprovechemos . . . No seas tontita . . .

ELMIRA:

Yo no suponía que usted tuviera un temperamento tan . . . fogoso . . . ¡Qué manera de apurar las cosas! . . . ¡Las manos quietas! . . . Por favor, que no sé defenderme . . . ¡Ay! Que no puedo respirar . . . un momento . . . ¡Tranquilo! ¡Tranquilo! ¿Por qué quiere forzar un sentimiento que . . . es puro y verdadero . . .

TARTUFO:

¡Mi amor! Si yo te gusto y tu me gustas a mí, es suficiente para que nos entretengamos un ratito.

ELMIRA:

Es pecado . . . El adulterio es un pecado terrible . . . ¿No habla usted siempre en contra del pecado?

TARTUFO:

Tu marido confía en mí y yo tengo buenas influencias en el cielo. No te preocupes con esas tonterías de pecado . . . ¡y a pasarlo bien!

ELMIRA:

Pero . . . ¿Cómo acceder a sus deseos sin ofender al cielo?

TARTUFO:

¡Qué cielo ni que nada! Yo te gusto y tú me gustas. ¿Tienes miedo? Si tienes tantos escrúpulos, te puedo decir que siempre se pueden equilibrar los pecados con las buenas acciones . . . por ahora, no pienses en nada y seamos felices. Después, yo me confesaré por los dos y me encargo de la penitencia. *(Elmira tose de nuevo)* Mi amor. Tienes mucha tos . . .

ELMIRA:

¡Es que estoy resfriada!

TARTUFO:

¡Toma unas pastillas de eucalipto!

ELMIRA:

Me siento mal . . .

TARTUFO:

Desde luego. *(Continúa el asalto a que está materialmente entregado)*. No te preocupes por el pecado. No habrá ningún escándalo ¡Y eso sí que es pecado mortal! Pero . . . ¡conmigo! . . . Nadie lo sabrá y, por lo tanto, nadie se escandalizará.

ELMIRA:

(Después de toser una vez más). Está bien. Acepto. Si no hay otra manera de verte contento. *(Se refiere a su marido)*. Si tengo que dar este paso para que me creas . . . si me exiges esta prueba . . . de acuerdo . . . Y si cometo un pecado, yo no tengo la culpa . . .

TARTUFO:

¡Yo tendré la culpa, preciosa! ¡Echame la culpa a mí! ¡Vamos!

ELMIRA:

¿Ahora? . . . Primero mira con cuidado, no vaya a estar mi marido en el pasillo . . .

TARTUFO:

No te preocupes. Tu marido está en el limbo . . . Nació para cornudo, el pobre. Aunque nos viera, no lo creería . . .

ELMIRA:

No importa . . . sal un poco a mirar para estar seguros. *(Tartufo sale)*.

ESCENA SEXTA. ELMIRA Y ORGON.

ORGON:

(Asomándose de debajo de la mesa). ¡Me muero! ¡Me muero de rabia! ¡Es un miserable! ¡Un canalla!

ELMIRA:

¡Pero no salgas todavía! Tienes que quedar bien convencido . . . ¡Si aún no ha pasado nada! ¡Espérate que pase y así podrás estar completamente seguro! *(Se está vengando de su marido. Intenta empujarlo otra vez debajo de la mesa)*.

ORGON:

¡Es el demonio! ¡El demonio en persona que ha venido a esta casa!

ELMIRA:

¡No lo ofendas, que es muy amigo tuyo . . . y escóndete bien, no te precipites! . . . Es un santo y a lo mejor resulta que a la hora de la verdad . . . ¡nada! ¡Espera! ¡Ya viene! *(Vuelve Tartufo. Elmira se coloca como puede tapando a Orgón)*.

ESCENA SEPTIMA. TARTUFO, ELMIRA Y ORGON.

TARTUFO:

Nadie. No está ni el gato en la casa. ¡Aprovechemos, preciosa!

ORGON:

¡Un momento, miserable! ¡No te apasionas tanto, que te puede dar un infarto! Con que yo nací para cornudo ¿no? ¿Con que tú eras un ejemplo de santidad? . . . ¡El lindo! ¡Querías casarte con mi hija y

TARTUFO. Teatro de la Universidad de Chile. 1944.
Agustín Sivé (Tartufo) y Virginia Fisher (Elmira).





acostarte con mi mujer . . . Y yo jurando que habías bajado de un altar! . . . ¡Ahora sé de lo que eres capaz! ¡Dios mío!

ELMIRA:
(A Tartufo). Lo siento, señor Tartufo . . . ¡No había otra solución! . . .

TARTUFO:
Supongo, hermano, que no irás a creer que yo . . .

ORGON:
No digas nada y lárgate de esta casa ahora mismo.

TARTUFO:
Hermano, te aseguro que hay un malentendido . . . Mi propósito era . . .

ORGON:
Tu propósito estaba más claro que el agua . . . ¡A la calle he dicho! ¡Fuera de mi casa! ¡A la calle!

TARTUFO:
¿A la calle? ¿yo? Pero si esta casa es mía. ¿O ya se te ha olvidado? ¡A la calle tú, queridísimo hermano! ¿O ya no recuerdas que todos tus bienes están a mi nombre desde esta mañana? ¡Ahora vas a ver de lo que soy capaz! ¡A mi nadie me insulta en esta forma! ¡Espérate! ¿Le tienes temor a los castigos del cielo? Pues no son nada comparados con lo que se te viene encima. ¡Prepárate! (Sale amenazadoramente).

ESCENA OCTAVA. ELMIRA Y ORGON.

ELMIRA:
¿De qué esta hablando? . . . ¿Qué quiso decir? ¿Por qué te amenaza . . . ?

ORGON:
Porque . . . porque puede . . . Tengo miedo, Elmira. . .

ELMIRA:
¿Miedo? . . . ¿De qué?

ORGON:
He sido un idiota . . . Esta mañana fui al notario y puse a su nombre todo lo que tenemos... como se iba a casar con Mariana y yo . . . creía que . . . como era tan bueno . . . creí que . . .

ELMIRA:
¿Todo a su nombre?

ORGON:
Sí. Firmé la escritura hace un rato. . . y además . . . (Está hecho polvo). No me atrevo ni a pensarlo. ¡Tengo miedo, Elmira! Arriba tengo unos documentos que nadie debe conocer y que yo . . . ¡Espera! . . . Si me denuncia, no quiero ni pensarlo. (Sale corriendo. Elmira lo sigue. La escena queda vacía unos instantes. Enseguida entra Orgón y Clemente).

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA. ORGON Y CLEMENTE

CLEMENTE:
Pero ¿Qué podemos hacer? ¿Qué?

ORGON:
No lo sé. Estoy nervioso . . .

CLEMENTE:
Lo primero es estudiar fríamente la situación.

ORGON:
El robo de esos papeles me ha liquidado . . . es una catástrofe . . . estoy perdido.

CLEMENTE:
Tranquilízate . . . Por muy comprometedores que sean . . . algo se podrá hacer . . .

ORGON:
Son avisos de pagos de impuestos pendientes . . . yo tengo prestado ese dinero a interés y pensaba darme un plazo que me beneficiaría y pagarlos más tarde.

CLEMENTE:
¿Pero cómo se enteró Tartufo de todo eso?

ORGON:
Porque yo mismo se lo dije. Era un problema de conciencia y quise consultarlo con él. . . Y ahora me doy cuenta que me robó todos los documentos . . . (Lloriquea) Y los préstamos a interés son pagaderos al portador . . .

CLEMENTE:
¿O sea que además de haber puesto todos tus bienes a su nombre, puede cobrar los dineros que tienes a inte-



TARTUFO, Teatro Itinerante. 1985.
Alberto Chacón (Tartufo) y Pedro Villagra (Orgón).



rés y te puede denunciar por el no pago de impuestos? Tartufo te tiene en sus manos . . . Creo que hay que intentar ponerse en la buena con él.

ORGON:

¿Cómo es posible ponerse en la buena con un bandido de esa calaña? ¡Cuándo pienso que lo recogí de la calle! ¡Dios mío! (*Lloriquea*).

(*Entra Daniel como una tromba*).

ESCENA SEGUNDA. ORGON, CLEMENTE Y DANIEL

DANIEL:

¿Qué pasa? ¿Es verdad que ese bandido te ha amenazado. . .? ¿Después de lo que has hecho por él? . . . ¿Es verdad que se ha vuelto en tu contra, aprovechándose de tu confianza. . .?

ORGON:

Si, hijo, es verdad. Estoy en sus garras.

DANIEL:

¡Yo lo mato! Si cedemos, estamos perdidos. Yo lo estrangulo con mis manos. . .

CLEMENTE:

Una reacción muy comprensible y muy propio de ti, hijo mío, pero la violencia no conduce a nada bueno. Confío en la justicia. . . si la justicia existe. . .

(*Entra la señora Pernelle. Para ella no ha pasado nada. Mariana, Elmira y Dorotea vienen tras ella*).

ESCENA TERCERA, SEÑORA PERNELLE, MARIANA ELMIRA, DOROTEA, DANIEL, ORGON Y CLEMENTE.

SRA. PERNELLE:

Pero, ¿Qué es lo que acabo de oír? ¿Qué ha pasado?

ORGON:

Lo que has oído es la pura verdad, hermana. Mis ojos han sido testigos . . . Recojo a un hombre de la calle. . . le concedo la mano de mi hija . . . le entrego mi fortuna . . . y el canalla se dedica a seducir a mi mujer, me amenaza y está dispuesto a echarnos de esta casa. . .

DOROTEA:

(*Burlona*) Pobrecito . . . ¿no?

TARTUFO, Teatro Itinerante. 1985.
Alberto Chacón (Tartufo) Violeta Vidaurre (Dorotea) y María Angélica Arcos (Elmira).



SRA. PERNELLE:
No creo en absoluto que Tartufo haya sido capaz de todo eso. No lo creo . . .

ORGON:
¿Qué no lo cree?

SRA. PERNELLE:
¡La envidia! ¡Eso es! Todos lo envidian en esta casa. . .

ORGON:
Pero, hermana, ¿Qué tiene que ver la envidia con los "hechos" que te estoy contando?

SRA. PERNELLE:
¡Ah! Te lo he dicho mil veces: "La virtud está perseguida en este mundo. Morirán los envidiosos pero no morirá la envidia" ¡Cómo está la gente hoy día, mala, mala!

ORGON:
¡Te estoy diciendo que lo he visto con mis propios ojos!

SRA. PERNELLE:
¡Si vas a fiarte de tu vista, estamos perdidos! ¡Hay muy poca gente capaz de interpretar bien lo que ve!

ORGON:
¿Te parece que se puede interpretar de muchas maneras el intento de acostarse con mi mujer?

SRA. PERNELLE:
¡Intento! ¡Intento! ¿Qué quiere decir intento? Hay que hablar de hechos, no de intentos. ¡Ver para creer, hermanito, ver para creer!
(El Alguacil aparece en la puerta, Orgon lo ve.)

ORGON:
(A Dorotea) ¿Quién es ese hombre? ¡Ve a ver qué quiere! No estoy para recibir a nadie.

ESCENA CUARTA. ALGUACIL, SEÑORA PERNELLE, ORGON, DANIEL, MARIANA, DOROTEA, ELMIRA Y CLEMENTE.

ALGUACIL:
Muy buenos días . . . ¿podría hablar con el dueño de casa?

DOROTEA:
No creo que esté en condiciones de recibir a nadie.

ALGUACIL:
El mío es un caso especial. . . Estoy seguro que le gustará verme. Vengo de parte del señor Tartufo. Mi más cordial saludo, damas y caballeros... ¡Qué Dios bendiga a la familia y castigue a quien quiera hacerle daño!

ORGON:
¡Qué buen comienzo! ¡Viene a buscar la reconciliación!

ALGUACIL:
¡Qué alegría volver a ver esta casa! ¡La quiero tanto! ¡Fui uno de los más fieles servidores de su ilustre padre, que en paz descansa!

ORGON:
Le ruego que me disculpe, pero no recuerdo su cara, ni sé cuál es su nombre . . .

ALGUACIL:
Mi apellido es Leal . . . Nací en el mismo pueblo que el señor Tartufo, y soy alguacil del juzgado. Y ahora vengo, con el gusto que siempre he venido a esta casa a traerle una notificación. . .

ORGON:
¿Viene a traerme qué . . . ?

ALGUACIL:
¡No se alarme! Vengo solamente a notificarle que debe desalojar la casa . . . Usted y toda su familia, por supuesto. Puede llevarse los muebles, si gusta. El nuevo propietario traerá los suyos. Desalojo inmediato, sin demora ni resistencia. Así lo ha decidido el señor juez. . .

ORGON:
¿Desalojarme a mí? ¿A mí? ¿Echarme de mi propia casa?

ALGUACIL:
A usted, claro. Esta casa, pertenece en pleno dominio, al bondadosísimo señor Tartufo. Está a su nombre. Las copias de la escritura están en el juzgado. No hay nada que oponer.

DANIEL:
Creí que ya no me asombraría de nada, pero este granuja . . .

ALGUACIL:
Perdón, pero no tengo por qué hablar con usted. Es

*TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Miriam Carrasco, René Silva, María Angélica Arcos, Fernando Berrios, Violeta Vidaurre, Cristo Cucumides, Mónica Jaramillo y Pedro Villagra.*



al señor, que es correcto y razonable, a quién me estoy dirigiendo . . . El señor sabe muy bien que una persona decente no se opone jamás a la acción de la justicia.

DANIEL:

En cambio yo . . . tengo unas ganas irresistibles de pegarle un garrotazo en la cabeza . . .

ALGUACIL:

¿Es su hijo, señor? ¿Si? Dígale que se calle o que se marche. Tengo el mayor respeto por la gente de orden. Me he hecho cargo de esta diligencia, en memoria de su ilustre padre. ¡Habría sido tremendo que hubiese venido aquí un desconocido, con modales no tan respetuosos como los míos!

ORGON:

¿Existe algo peor en el mundo que echar a una familia de su propia casa?

ALGUACIL:

No se preocupe. Le daré un plazo. Pueden quedarse aquí hasta mañana en la mañana.

ORGON:

(Bajo) ¡Un buen puñetazo le daría, en mitad del hocico!

CLEMENTE:

¡Tranquilo! ¡Tranquilo!, ¡qué sería mucho peor!

DANIEL:

¡Me pican las manos por retorcerle el cogote!

DOROTEA:

Señor Alguacil, usted tiene el traste perfecto para darle una patada.

ALGUACIL:

Puede hacerlo, hija mía, pero eso es un motivo perfecto para mandarla presa.

CLEMENTE:

Ya está bueno, señor alguacil . . . Déme esa notificación y lárguese de uná vez. . .

ALGUACIL:

¡Señores! . . . ¡Y que lo pasen muy bien! *(Sale)*.

ORGON:

¡Buitre! ¡Tú y el que te mandó! ¡Buitres!

ESCENA QUINTA. ORGON, CLEMENTE, MARIANA, ELMIRA, SEÑORA PERNELLE, DOROTEA Y DANIEL.

ORGON:

¿Qué me dices ahora, hermana? ¿Has visto qué canalla traidor es ese Tartufo?

SRA. PERNELLE:

Si, si. Estoy pasmada.

DOROTEA:

(A Orgon) ¡A lo mejor todo esto lo hace por hacerle un bien! Como piensa que el dinero corrompe a los hombres, creerá que quitándoselo, lo manda derechito al cielo.

ORGON:

¡Cállate! ¡Tengo que decírtelo a cada rato!
(Entra muy nervioso Valerio).

ESCENA SEXTA. LOS ANTERIORES Y VALERIO.

VALERIO:

Perdone que entre en esta forma, pero pasa algo muy grave. Un amigo me ha dicho confidencialmente que usted debe esconderse de inmediato, porque vendrán a detenerlo . . . Tartufo lo ha denunciado. La policía está estudiando unos papeles que tenía en su poder. Se trata de unos impuestos que deberían estar pagados.

CLEMENTE:

¡Le quita la casa y luego lo mete preso. Esto se llama matar dos pájaros de un tiro!

VALERIO:

No perdamos más tiempo. Por favor idése prisa! Unos amigos lo esconderán hasta que pase el temporal . . . Yo lo acompaño.

ORGON:

¡Gracias, Valerio! Quedo en deuda contigo para siempre. ¡Adiós! ¡Adiós! Cuidense todos . . .

CLEMENTE:

No te demores más y confía en nosotros . . . Haremos todo lo que haga falta . . .

TARTUFO. Teatro Itinerante, 1985.

Cristó Cucumides, Mónica Jaramillo, María Angélica Arcos, Pedro Villagra, Miriam Carrasco, Violeta Vidaurre y Osvaldo Silva.



(En la puerta aparece Tartufo y un policía).

ESCENA SEPTIMA. LOS ANTERIORES MAS
TARTUFO Y POLICIA.

TARTUFO:
¿Dónde vas hermano? ¿Por qué tanta prisa? No necesitas correr tanto para encontrar una buena celda. Donde pasar la noche . . . ¡Quedas detenido en nombre de la Ley!

ORGON:
¡Traidor! Esta es tu última puñalada, ¿verdad? La que remata tu infamia,

TARTUFO:
Los insultos son el derecho a pataleo de los tontos. Los soportaré en el sagrado nombre de la justicia.

CLEMENTE:
Habló el santo. . .

DANIEL:
Este canalla no respeta nada . . .

TARTUFO:
El deber es el deber. Nada conseguiré desviarme del recto camino de la justicia.

MARIANA:
¿Y usted piensa que es justo lo que está haciendo?

TARTUFO:
Ayudar a la ley es justo y honroso para cualquiera.

ORGON:
Y, en nombre de la justicia, ¿has olvidado tan pronto que fui yo quien te sacó de la miseria?

TARTUFO:
No he olvidado nada. Pero un favor no puede obligarme a ocultar la verdad. En defensa del orden jurídico y tus obligaciones para con la sociedad, te he denunciado a la policía. Por la justicia social, sacrificaría todo: amigos, padres, hermanos. . . me sacrificaría yo mismo si fuese necesario.

TODOS:
¡Farsante! ¡Impostor! ¡Hipócrita! ¡Falso! ¡Santurrón!

TARTUFO:
(Al policía) ¡Por favor, Comisario! ¡Todo esto es muy molesto! ¡Gritan demasiado! ¡Qué voces tan feas! Si no le importa, cumpla con la orden de detención . . .
(El policía saca una cuerda y se vuelve a Tartufo).

POLICIA:
Así lo haré. Venga conmigo, que tenemos preparada una celda especial para usted, señor Tartufo.

TARTUFO:
¿Para quién? ¿para mí? Pero ¿qué está diciendo?

POLICIA:
Vamos . . . vamos . . .

TARTUFO:
Pero ¿Por qué me detiene a mí?

POLICIA:
El Juez se lo explicará . . . *(A Orgón)*. Perdone, señor, que hayamos llevado este asunto tan lejos . . . Pero hace tiempo que andamos detrás de este granuja . . . Y siempre se nos escapaba. Pero ahora lo hemos pillado con las manos en la masa. Puede que la justicia sea lenta . . . y ciega . . . pero vale la pena confiar en ella. Este hombre nos ha dado bastante que hacer, pero ahora las pagará todas juntas . . . *(Le entrega unos papeles)*. Aquí tiene sus avisos de pago de impuestos. Usted está un poco atrasado, pero no se va a hundir el mundo por eso . . . se le dará un plazo para ponerse al día, porque usted nos ha ayudado a detener a este ladrón. Lo del notario y los documentos será un poco más complicado, pero también se arreglará. Ahora, tenemos que irnos. Son innumerables las personas que quieren arreglar cuentas con el señor Tartufo. Perdone otra vez. Es que el Juez quería saber hasta dónde era capaz de llegar este embaucador . . . Señoras . . . Señores . . .

TARTUFO:
¡Gusanos! ¡Este final es injusto! . . . ¡Dios ha olvidado muy rápidamente todo lo que yo he hecho por El! *(Sale con el policía)*.

DOROTEA:
¿Ustedes creen que esto está ocurriendo realmente, o



TARTUFO. Teatro Itinerante. 1985.
Miriam Carrasco, René Silva, María Angélica Arcos, Mónica Jaramillo, Sergio Schmied, Alberto Chacón, Cristo Cucumides, Pedro Villagra, Osvaldo Silva y Francisco Villagra.

es un sueño?
SRA. PERNELLE:
No se puede venir a esta casa sin pasar un mal rato.
ORGON:
Esto es un milagro. Tendremos todos que olvidar este asunto . . . A Tartufo lo encerrarán unos cuantos años para que se arrepienta, pero yo tengo otras cosas que hacer: Pedir perdón a mi esposa Elmira.
ELMIRA:
¡Amor mío! . . . ¡Estúpido mío! . . . Te quiero . . . Te quiero . . .

ORGON:
Discúlpame con mi pobre hijo Daniel . . . Reconocer el buen juicio de Clemente y agradecer la fidelidad y el buen corazón de nuestra querida Dorotea.
TODOS:
¿Y? . . . ¿Y . . . ?
ORGON:
(Entendiendo). ¡Ah! Y casar a mi querida hija Mariana con nuestro joven y leal amigo Valerio. *(Todos aplauden)*.

TELON

EL MEDICO A PALOS

MOLIERE

Una de las creaciones más notables de Molière es su comedia Le médecin malgré lui, que unas veces ha sido traducida con el título de El médico a pesar suyo, y otras con el de El médico a palos. Aquella es más literal, pero ésta es más significativa, y así lo entendió Moratín cuando la vertió al castellano con ese último título, más apropiado, porque, en efecto, es a palos como obligan a un modesto leñador a declarar en la escena que es médico.

En aquella época no podía ser ejercida la medicina con la competencia con que hoy se la ejerce, pues el campo de sus conocimientos era mucho más reducido; pero, por

eso mismo, los médicos, para no perder crédito y para que no padeciera su dignidad profesional, adoptaban a menudo actitudes tales de suficiencia que excedían en mucho los límites de sus conocimientos. Y así, un leñador ignorante, pero inteligente y astuto, llamado Sganarelle, obligado a decir que es médico a fuerza de palos, se las arregla para simular su nueva profesión, y hace y dice cosas que parece eran en aquel tiempo bastante corrientes entre los discípulos de Hipócrates, a quienes Molière ridiculizó en esa y en otras obras.

El médico a palos es una comedia que, después de leerla, da al lector la impresión de que también él pudo escribir la, de haberse ocurrido hacerlo. Tales son la natu-

ralidad y la sencillez con que discurren los tres actos de la obra. Nada más difícil, sin embargo, que esa naturalidad; nada más difícil que hacer hablar a los personajes ese lenguaje que parece copiado del que hablan los hombres y las mujeres en su vida cotidiana. Para escribir así sin caer en chabacanería se necesita un talento excepcional y una habilidad que únicamente los grandes maestros han alcanzado.

Molière no es autor que crea problemas, que plantease en la escena temas elaborados mentalmente; al contrario, es un observador de lo que le rodea; un agudísimo observador que se fija en cómo es la vida en derredor; advierte las grandes fallas de tantas gentes que se mueven en los diferentes ambientes sociales, y lleva luego esas gentes al escenario para mostrar al público cuánto hay de vicioso, de artificial y falso en sus vidas. Al hacerlo, Molière dibuja sus personajes con líneas sueltas y graciosas, aparentemente fáciles, pero, como hemos dicho, de una gran dificultad en su realización: el médico que hace ver que sabe todo lo que ignora; el padre avaro y terco que quiere casar a su hija con el novio que a él le gusta, aunque a ella le repugne; la nodriza, sana e ingenua como una vaca lechera; la mujer del leñador, que no ceja en sus impertinencias hasta que el marido la zarra; en fin, todos los personajes de la obra se mueven en la escena y hablan como si estuvieran en sus casas tratando cuestiones domésticas. Pero impregnado todo ello de tal gracia, envuelta toda la acción en un aire tan inteligente, que la obra, además de ser una crítica severa de los caracteres humanos encarnados en sus personajes, resulta un verdadero regalo para todos los espíritus finos y sensibles, por el encanto sutil de sus escenas; es el "castigat ridendo mores", divisa de la comedia, perfectamente lograda.

Esta obra fue representada por primera vez en París, en el teatro del Palais-Royal, por la Compañía Real, el 6 de agosto de 1666.

PERSONAJES

SGANARELLE	marido de Martina
MARTINA	mujer de Sganarelle
ROBERTO	vecino de Sganarelle
VALERIO	criado de Géronte
LUCAS	marido de Jacqueline
GERONTE	padre de Lucinda
JACQUELINE	nodriza en casa de Géronte y mujer de Lucas
LUCINDA	hija de Géronte
LEANDRO	novio de Lucinda
THIBAUT	campesino, padre de Pedrito
PEDRITO	hijo de Thibaut

ACTO PRIMERO

ESCENA I — SGANARELLE Y MARTINA
(Aparecen en escena disputando)

SGANARELLE:
No; te digo que no quiero hacer nada de eso y que es a mí a quien toca hablar y ser el dueño.

MARTINA:
Y yo te digo, yo, que quiero que vivas según mi gusto, y que no me he casado contigo para soportar tus extravagancias.

SGANARELLE:
¡Oh, qué trabajo este de estar casado! ¡Cuánta razón tuvo Aristóteles cuando dijo que la mujer es peor que el demonio!

MARTINA:
¡Miren al sabio con su estúpido Aristóteles!

SGANARELLE:
Sabio, sí; encuéntrame por ahí un leñador que sepa razonar como yo sobre las cosas; que haya servido durante seis años a un médico famoso; y que haya sabido, en su juventud, los "Rudimentos" del latín de memoria.

MARTINA:
¡Diantre de loco rematado!

SGANARELLE:
¡Diantre de mujer desollada!

MARTINA:
¡Malditos sean el día y la hora en que fui a dar el "sí".

SGANARELLE:
¡Maldito sea el notario estúpido que me hizo firmar mi ruina!

MARTINA:
¡Verdaderamente, eres tú quien debe quejarse del negocio que hiciste! Ni un solo segundo deberías estar sin dar gracias al Cielo por la mujer que tienes. ¿Merecías casarte con una mujer como yo?

SGANARELLE:
¡Pues sí que me hiciste un gran honor y que tuve motivos para alabarte la noche de bodas! ¡Pardiez, no me hagas hablar más sobre eso porque diría ciertas cosas! . . .

MARTINA:
¿Qué? ¿Qué dirías tú?

SGANARELLE:
¡Basta! Dejemos ahí ese capítulo. Es suficiente con que sepamos lo que sabemos, y que tú tuviste la suerte de dar conmigo.

MARTINA:
¿A qué llamas tú tener la suerte de dar contigo? Un hombre que me ha arruinado, un vicioso, un haragán

que me está comiendo todo lo que tengo . . .

SGANARELLE:
Mientes; una parte me la bebo.

MARTINA:
Que me vende, uno a uno, todos los enseres de la casa. . .

SGANARELLE:
Eso es vivir de la economía doméstica.

MARTINA:
Que me ha vendido hasta la cama que tenía . . .

SGANARELLE:
Así te levantarás más temprano.

MARTINA:
En fin, que no ha dejado un mueble en toda la casa.

SGANARELLE:
Así podremos mudarnos con más facilidad.

MARTINA:
Y que, de la mañana a la noche, no hace más que jugar y beber.

SGANARELLE:
Lo hago para no aburrirme.

MARTINA:
¿Y qué quieres que haga con la familia, entretanto?

SGANARELLE:
Haz lo que te dé la gana.

MARTINA:
Tengo cuatro hijos en mis brazos . . .

SGANARELLE:
Ponlos en el suelo.

MARTINA:
Que me pidan pan a todas horas . . .

SGANARELLE:
Dales de palos. Cuando yo estoy bien comido y bien bebido, quiero que en mi casa todos estén hartos.

MARTINA:
¿Y pretendes tú, borracho, que las cosas sigan siempre lo mismo?

SGANARELLE:
Mi querida esposa, vamos más despacio.



EL MEDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile.
1956.
Bélgica Castro y Jorge Boudón.

MARTINA:

¿Pretendes que soporte eternamente tus licencias y tu libertinaje?

SGANARELLE:

No nos encolericemos, querida.

MARTINA:

¡Y que no sepa yo encontrar el medio de hacerte cumplir con tu deber!

SGANARELLE:

Querida, ya sabes que mi paciencia se acaba pronto y que tengo unos puños bastantes buenos.

MARTINA:

Me río de tus amenazas.

SGANARELLE:

Pequeña mía, te pica la piel y pide su ración, como de costumbre.

MARTINA:

Ya te demostraré que no te tengo ningún miedo.

SGANARELLE:

Mi querida media naranja, me parece que tienes ganas de unos cuantos latigazos.

MARTINA:

¿Crees que me asustan tus palabras?

SGANARELLE:

¡Cariñito mío, que voy a calentarte las orejas!

MARTINA:

¡Eres un borracho!

SGANARELLE:

¡Te voy a dar de golpes!

MARTINA:

¡Pellejo de vino!

SGANARELLE:

¡Te voy a dar de palos!

MARTINA:

¡Traidor, insolente, falso, cobarde, pícaro, bigardo, miserable, mendigo, bribón, tunante, ladrón! . . .

SGANARELLE:

(Agarra un palo y la golpea) ¡Ah! ya que lo quieres . . .

MARTINA:

¡Ay, ay, ay, ay!

SGANARELLE:

Es el mejor modo de apaciguarte.

ESCENA II — ROBERTO, SGANARELLE, MARTINA

ROBERTO:

¡Eh, eh! ¿Qué es esto? ¡Qué infamia! ¡Maldito sea el bribón que golpea así a su mujer!

MARTINA:

(Con las manos en jarras lo apostrofa, haciéndole retroceder, y al fin le da una bofetada).

¿Y qué le importa a usted, si yo quiero que me pegue?

ROBERTO:

¡Ah, me parece muy bien!

MARTINA:

¿Por qué se mezcla usted en esto?

ROBERTO:

Verdaderamente, no tengo razón.

MARTINA:

¿Es asunto de su incumbencia?

ROBERTO:

No, desde luego.

MARTINA:

¡Miren al impertinente, que quiere impedir que los maridos peguen a sus mujeres!

ROBERTO:

Me retracto.

MARTINA:

¿Qué tiene usted que ver en esto?

ROBERTO:

Nada.

MARTINA:

¿Quién es usted para meter aquí las narices?

ROBERTO:

Nadie.

MARTINA:

¡Métase usted en sus asuntos!

ROBERTO:

No diré una palabra más.

MARTINA:
¡Me gusta que me pegue

ROBERTO:
De acuerdo.

MARTINA:
¡A usted no le va a doler!

ROBERTO:
Es verdad.

MARTINA:
¡Es usted un estúpido al meterse donde no lo llaman!

ROBERTO:
(Se dirige ahora al marido, quien, lo mismo que su esposa, le habla haciéndole retroceder, le golpea con el mismo palo y le pone en fuga; al fin dice:)
Compadre, le pido perdón de todo corazón. Haga lo que quiera; golpee, apalee a su mujer lo mejor que pueda y, si usted quiere, yo le ayudaré.

SGANARELLE:
No me da la gana.

ROBERTO:
¡Ah, eso es otra cosa!

SGANARELLE:
Quiero pegarle si me da la gana, y si no me da la gana, no quiero pegarle.

ROBERTO:
Muy bien.

SGANARELLE:
Es mi mujer, y no la suya.

ROBERTO:
Sin duda.

SGANARELLE:
Usted no tiene por qué decirme lo que debo hacer.

ROBERTO:
De acuerdo.

SGANARELLE:
No necesito para nada su ayuda.

ROBERTO:
Muy bien.

SGANARELLE:
Y usted es un impertinente al meterse en asuntos ajenos. Sepa usted que Cicerón dijo que entre el árbol y el dedo no hay que meter la corteza (1) *(Se vuelve hacia su mujer y le dice, ofreciéndole la mano:)* Hagamos las pases. Chócala.

MARTINA:
¡Sí, después de haberme pegado!

SGANARELLE:
Eso no tiene importancia. Dame la mano.

MARTINA:
No quiero.

SGANARELLE:
¿Eh?

MARTINA:
No.

SGANARELLE:
¡Mujercita querida!

MARTINA:
Nada.

SGANARELLE:
¡Vamos, te digo!

MARTINA:
No quiero.

SGANARELLE:
¡Vamos, ven acá!

MARTINA:
No voy, quiero estar de mal humor.

SGANARELLE:
¡Bah, por una bagatela! ¡Vamos, vamos!

MARTINA:
Déjame en paz.

(1) La cita correcta es: "No hay que meter el dedo entre la corteza y el árbol".

SGANARELLE:
Dame la mano, te digo.

MARTINA:
Me has maltratado mucho.

SGANARELLE:
Bueno, te pido perdón. Dame la mano.

MARTINA:
Te perdono. *(Luego, en voz baja:)* Pero ya me las pagarás.

SGANARELLE:
Eres una tonta al tomarlo tan en serio. Son pequeñas cosas, necesarias de tanto en tanto cuando hay amistad. Cinco o seis estacazos, entre gentes que se quieren, no hacen más que aumentar el cariño. Vaya, me voy al bosque y te prometo traer hoy más de cien haces de leña.

ESCENA III — MARTINA

MARTINA:
Anda, que, por muy buena cara que ponga, no olvido mi resentimiento. Ardo en deseos de encontrar un medio para castigarte por todos los golpes que me das. Ya sé qué medios tiene siempre la mujer para vengarse de su marido, pero ése sería un castigo demasiado suave para tan gran bellaco. Quiero una venganza que le duela un poco más, y eso no sería suficiente para la injuria que he recibido.

ESCENA IV — VALERIO, LUCAS, MARTINA.

LUCAS:
¡Por Dios que hemos adquirido un compromiso del diablo! Y no sé lo que vamos a salir ganando.

VALERIO:
¡Qué quieres, pobre Lucas! (1) Es necesario obedecer a nuestro amo. Además, la salud de su hija, nuestra ama, nos interesa a los dos; y sin duda, su boda, aplazada a causa de su enfermedad, nos valdrá alguna recompensa. Horacio, que es muy liberal, lleva ventaja

en lo que pueda pedirse de su persona; y aunque ella ha demostrado que siente mucho afecto por un tal Leandro, sabes muy bien que el padre nunca ha querido aceptar a éste como yerno.

MARTINA:
(Pensando en lo suyo) ¿No podré yo encontrar un modo de vengarme?

LUCAS:
¿Pero qué fantasía se te ha metido en la cabeza, puesto que los médicos no han podido dar con la enfermedad?

VALERIO:
A veces, a fuerza de insistir, se encuentra lo que no se ha encontrado de buenas a primeras; y a menudo, del modo más simple.

MARTINA:
Sí; es preciso que me venga, a cualquier precio; los palos que me ha dado me están doliendo en el corazón; no los puedo digerir, y... *(Dice todo esto distraídamente, sin darse cuenta de que están junto a ella dos hombres, con los cuales, al volverse, se da de manos a boca, y les dice:)* ¡Ah! Señores, les pido perdón; no los había visto y estaba buscando en mi cabeza algo que me preocupa.

VALERIO:
Cada cual tiene sus preocupaciones, y también nosotros buscamos algo que quisiéramos encontrar.

MARTINA:
¿Podría yo ayudarlos?

(1) En el texto original dice: "pauvre nourricier", palabra esta última con que en francés se designa al marido de una nodriza ("nourrice"), pero en castellano no existe el vocablo correspondiente.

VALERIO:

Quizá. Estamos buscando un hombre hábil, algún médico especialista que pueda curar a la hija de nuestro amo, atacada de una enfermedad que le impide hablar. Varios médicos han agotado toda su ciencia en el caso; pero a veces encuentra uno gentes que poseen secretos maravillosos, ciertos remedios que consiguen lo que los médicos no pueden lograr; y eso es lo que buscamos.

MARTINA:

(Dice las primeras palabras en voz baja) ¡Ah, el Cielo me inspira una admirable invención para vengarme de mi marido! *(En voz alta:)* No podían ustedes haberse dirigido a mejor sitio para encontrar lo que buscan. Tenemos aquí a un hombre, el hombre más maravilloso del mundo para los casos desesperados.

VALERIO:

Y, por favor, ¿dónde podríamos encontrarlo?

MARTINA:

Lo encontrarán ustedes ahora allá, en aquel lugar del bosque que se ve desde aquí, entreteniéndose en cortar leña.

LUCAS:

¿Un médico cortando leña?

VALERIO:

Que se entretiene en recoger yerbas medicinales, quedará usted decir.

MARTINA:

No; es un hombre un poco excéntrico, que se complace en ello; raro, caprichoso y a quien nunca tomarían ustedes por quien es. Va vestido de una manera extravagante, a veces finge ser necio, oculta su ciencia y no todos los días quiere hacer uso de los maravillosos talentos que Dios le ha dado para la medicina.

VALERIO:

Es cosa admirable eso de que todos los grandes hombres tengan alguna rareza, algún granito de locura mezclado con su ciencia.

MARTINA:

La locura de éste es mayor de lo que podría creerse, y a veces llega al extremo de querer ser apaleado para reconocer su capacidad. Y les aseguro a ustedes que no lograrán nada, que no ha de declarar que es médico, si se le mete eso en la cabeza, como no agarren cada uno un palo y le obliguen, a fuerza de golpes, a confesar lo que al principio negará. Eso es lo que nosotros hacemos siempre que tenemos necesidad de sus servicios.

VALERIO:

¡Qué locura tan extraña!

MARTINA:

Cierto, pero ustedes verán cómo, después de la paliza, hace maravillas.

VALERIO:

¿Cómo se llama?

MARTINA:

Se llama Sganarelle, pero es muy fácil de reconocer. Es un hombre de grandes bigotes negros y que lleva una gorguera y un traje amarillo y verde.

LUCAS:

¿Un traje amarillo y verde? ¿Será, entonces, médico de loros?

VALERIO:

Pero, ¿en verdad que es tan hábil como usted dice?

MARTINA:

¡Cómo! Es un hombre que hace milagros. Hace seis meses una mujer fue desahuciada por todos los médicos que la vieron; se la tenía por muerta desde hacía seis horas y estaban ya para enterrarla cuando se hizo venir por la fuerza a este hombre de quien hablamos. Después de haberla examinado le puso en la boca una gota de no sé qué, y al instante la mujer se levantó y se puso a pasear por la habitación, como si nada hubiera ocurrido.

LUCAS:

¡Oh!



EL MÉDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile.
1956.

Ramón Salas. (Artes). Martín y Bárbara Castro.

VALERIO:

Habrá sido una gota de oro potable (1).

MARTINA:

Quizá haya sido eso. No hace aún tres semanas que un muchacho de doce años cayó desde lo alto del campanario y se rompió la cabeza, los brazos y las piernas. Apenas hubo llegado nuestro hombre le frotó todo el cuerpo con un ungüento que él sabe hacer, y al momento el muchacho se levantó y corrió a jugar al Hoyuelo (2).

LUCAS:

¡Oh!

VALERIO:

¡Ese hombre debe poseer la panacea universal!

MARTINA:

¿Quién lo duda?

LUCAS:

¡Cuerpo de Cristo! Ese es, precisamente, el hombre que necesitamos. Vamos a buscarlo.

VALERIO:

Le quedamos muy agradecidos, señora, por el favor que nos ha hecho.

MARTINA:

Pero no se olviden de lo que les he advertido.

LUCAS:

¡Por la muerte de Cristo! Déjenos hacer. Si no se trata más que de dar palos, la vaca es nuestra.

VALERIO:

Estamos verdaderamente contentos por haberla encontrado; y, en cuanto a mí, tengo las mayores esperanzas del mundo.

ESCENA V — SGANARELLE, VALERIO Y LUCAS

SGANARELLE:

(Entra en escena cantando y con una botella en la mano). La, la, la . . .

VALERIO:

Oigo a alguien que canta y que corta leña.

SGANARELLE

La, la, la . . . A fe mía, ya he trabajado bastante para una vez. Tomemos un poco de aliento. *(Bebe y dice después de haber bebido:)* He aquí una leña más dura que todos los diablos.

*Qué dulces son,
Preciosa botella;*

Qué dulces son

Tus pequeños glu-glu;

Pero mi dicha sería completa

Si estuvieras siempre llena.

¡Ah, querida botella mía!

¿Por qué te vacías?

¡Vamos, por Dios; no hay por qué estar triste!

VALERIO:

Es el mismo.

LUCAS:

Me parece que tienes razón. Le hemos echado la vista encima.

VALERIO:

Acerquémonos.

SGANARELLE:

(Al apercibirlos los mira, volviéndose ahora al uno, luego al otro, y dice en voz baja:)

¡Ah, mi picarona! ¡Cuánto te quiero, mi querido tapón!

. . . *Mi dicha sería . . . completa . . .*

Si . . .

Pero, ¡diablos!, ¿a quién buscan estos?

VALERIO:

Es él, seguramente.

LUCAS:

Ahí está, tal como nos lo han pintado.

SGANARELLE:

(Deja su botella en el suelo, y al inclinarse Valerio para saludarlo, cree que va a agarrar la botella y la pone en otro lado; al inclinarse luego Lucas, Sganarelle la vuelve a agarrar y la retiene contra su estómago, haciendo cómicas gesticulaciones).
Hablan entre sí y me miran. ¿Qué intentarán?

VALERIO:

Señor, ¿no es usted Sganarelle?

SGANARELLE:

¿Y qué?

VALERIO:

Le pregunto si es usted Sganarelle.

SGANARELLE:

(Volviéndose tan pronto hacia Valerio como hacia Lucas.)

Si y no, según lo que quieran de mí.

VALERIO:

Únicamente queríamos tener para con usted todas las atenciones posibles.

SGANARELLE:

En ese caso, yo soy Sganarelle.

VALERIO:

Señor, encantado de verlo. Nos han dirigido hacia usted para algo que buscamos y venimos a implorar su ayuda, de la que estamos muy necesitados.

SGANARELLE:

Si es, señores, algo que tenga que ver con mi pequeño negocio, estoy dispuesto a servirles.

VALERIO:

Es usted muy amable, señor. Pero cúbrase, que podría hacerle daño el sol.

LUCAS:

Cúbrase usted, señor.

SGANARELLE:

(En voz baja). ¡Qué gentes tan educadas!

VALERIO:

Señor, nada tiene de extraño que hayamos venido a verlo: los sabios son buscados siempre y nosotros sabemos cuánta es su ciencia.

SGANARELLE:

Es cierto, señores; no hay en el mundo otro como yo para hacer leña.

VALERIO:

¡Ah, señor! . . .

SGANARELLE:

No ahorro ningún esfuerzo y hago los haces que da gloria verlos.

VALERIO:

Señor, no se trata de eso.

SGANARELLE:

Pero los vendo a ciento diez sueldos (1) el ciento.

VALERIO:

No hablemos de eso, por favor.

SGANARELLE:

Les aseguro que no los doy por menos.

VALERIO:

Señor, lo sabemos todo.

SGANARELLE:

Si lo saben todo, sabrán también que los vendo a ese precio.

VALERIO:

Señor, eso es burlarse . . .

SGANARELLE:

Yo no me burlo, en modo alguno, y no estoy dispuesto a rebajar nada.

VALERIO:

Hablemos de otra manera, por favor.

(1) Sueldo, moneda antigua de varios países de Europa.

SGANARELLE:
Ustedes podrán encontrarlos en otra parte más baratos, porque hay haces y haces; pero los que yo hago...

VALERIO:
Dejemos ahí esa cuestión, señor.

SGANARELLE:
Les juro que no los llevarán ustedes por menos de lo que les he dicho.

VALERIO:
¡Vaya, vaya!

SGANARELLE:
Pueden pagar en conciencia lo que les pido; no son caros.

VALERIO:
¿Pero es posible, señor, que un hombre como usted se divierta con tan burdos fingimientos? ¿Qué se rebaje a hablar así? ¿Qué un hombre tan sabio, un médico tan famoso como es usted, quiera esconderse a los ojos del mundo y tener ocultos sus grandes talentos?

SGANARELLE:
(*Aparte*) Está loco.

VALERIO:
Por favor, señor, no disimule usted ante nosotros.

SGANARELLE:
¿Como?

LUCAS:
Toda esta charla no conduce a nada; sabemos lo que sabemos.

SGANARELLE:
¿Qué es eso? ¿Qué quieren decir? ¿Por quién me han tomado?

VALERIO:
Por quien usted es: por un gran médico.

SGANARELLE:
Médico lo será usted; yo no lo soy, ni lo he sido nunca.

VALERIO:
(*En voz baja*). Ya le dado la locura. (*En voz alta*;) Señor, no pretenda usted negar la realidad y no lleguemos a extremos molestos.

SGANARELLE:
¿A qué?

VALERIO:
A ciertas cosas que nos disgustarían.

SGANARELLE:
¡Pardiez! Lleguemos a lo que usted quiera; yo no tengo nada de médico y no sé qué es lo que quiere decirme.

VALERIO:
(*En voz baja*). Veo que tendremos que hacer uso del remedio. (*En voz alta*;) Señor, por última vez, le ruego que confiese lo que es.

LUCAS:
¡Cuerpo de Cristo! No perdamos el tiempo y confiese usted francamente que es médico.

SGANARELLE:
Ya me estoy irritando.

VALERIO:
¿De qué le sirve negar lo que todo el mundo sabe?

LUCAS:
¿A qué vienen esos disimulos y de qué puede servirle todo ello?

SGANARELLE:
Señores, les digo una y mil veces que no soy médico ni cosa que se le parezca.

VALERIO:
¿No es usted médico?

SGANARELLE:
No.

LUCAS:
¿No es usted médico?

SGANARELLE:
Les digo que no.

VALERIO:
Puesto que usted lo quiere, echemos mano al remedio. (*Toman sendos palos y lo golpean*).

SGANARELLE:
¡Ay, ay, ay! ¡Señores, soy todo lo que ustedes quieren!

VALERIO:
¿Y por qué, señor, nos obliga a recurrir a la violencia?



EL MÉDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile, 1956.

Abelardo Martínez, Jorge Baudán y Ramón Sabat.

LUCAS:
¿Por qué nos da el disgusto de tener que apalearlo?

VALERIO:
Le aseguro que lo sentimos en el alma.

LUCAS:
A fe mía que me apena, francamente.

SGANARELLE:
¿Pero qué diablo es esto, señores? Por favor, ¿se ríen de mí o es que deliran ustedes al pretender que soy médico?

VALERIO:
¿Cómo! ¿Todavía no se rinde y sigue negando que es médico?

SGANARELLE:
¿Qué el diablo me lleve si lo soy!

LUCAS:
¿No es cierto que usted sea médico?

SGANARELLE:
¡No, y ya la rabia me ahoga! *(Comienzan a golpearle de nuevo)*. ¡Ay, ay! Pues bien, señores, puesto que ustedes lo quieren, soy médico, soy médico. Y boticario además, si les parece bien. Prefiero asentir a todo a que me peguen.

VALERIO:
¡Ah, eso está muy bien, señor! Me alegro mucho de verlo razonable.

LUCAS:
Se me llena de alegría el corazón al oírle hablar así.

VALERIO:
Le pido mil perdones con toda el alma.

LUCAS:
Le ruego me excuse la libertad que me he tomado.

SGANARELLE:
(Aparte). ¿Será que estoy equivocado yo y que me he vuelto médico sin darme cuenta?

VALERIO:
Señor, no se arrepentirá de mostrarse tal cual es, y usted mismo verá cómo queda satisfecho.

SGANARELLE:
Pero díganme, señores, ¿no serán ustedes los equivocados? ¿Están seguros de que soy médico?

LUCAS:
¡Sí, por cierto!

VALERIO:
¡Sin duda alguna!

SGANARELLE:
¿Qué el diablo me lleve si lo sabía!

VALERIO:
¿Cómo! Usted es el mejor médico del mundo.

SGANARELLE:
¡Oh, oh!

LUCAS:
Un médico que ha curado qué sé yo cuántas enfermedades.

SGANARELLE:
¡Por Dios!

VALERIO:
Tenían por muerta a una mujer desde hace seis horas y esta a punto de ser enterrada, cuando llegó usted y con una gota de no sé qué cosa, la hizo levantarse y caminar por su habitación.

SGANARELLE:
¡No diga!

LUCAS:
Un muchacho de doce años cayó desde lo alto del campanario, se rompió la cabeza, los brazos y las piernas, y usted, con no sé qué ungüento, hizo que se levantase y corriera a jugar al hoyuelo.

SGANARELLE:
¡Diablos!

VALERIO:
En fin, señor, usted quedará contento de nosotros y ganará cuanto quiera si se deja conducir adonde nosotros queremos llevarlo.

SGANARELLE:
¿Ganaré cuanto quiera?

VALERIO:
Sí.

SGANARELLE:
¡Ah, soy médico, sin duda! Lo había olvidado, pero ahora vuelvo a acordarme. ¿De qué se trata? ¿A dón-

de hay que ir?

VALERIO:
Nosotros lo conduciremos. Se trata de ver a una muchacha que ha perdido el habla.

SGANARELLE:
Pues juro que yo no la he encontrado.

VALERIO:
Le gustan las bromas al señor. Vamos.

SGANARELLE:
¿Sin vestirme de médico?

VALERIO:
Nosotros le vestiremos.

SGANARELLE:
(Ofreciendo su botella a Valerio). Tenga usted esto; ahí es donde guardo mis medicinas. *(Volviéndose hacia Lucas y lanzando un escupitajo al suelo)*. Y usted pise eso. Es orden de médico.

LUCAS:
He aquí un médico que me place. Estoy seguro de que tendrá buen éxito, pues es un bufón.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I — GERONTE (1), VALERIO, LUCAS, JACQUELINE

VALERIO:
Sí, señor; creemos que quedará usted satisfecho, ya que le hemos traído el mejor médico del mundo.

LUCAS:
¡Cuerpo de Cristo! Después de éste, punto final, pues todos los demás no son dignos ni de descalzarlo.

VALERIO:
Es un hombre que ha hecho curas maravillosas.

LUCAS:
Que ha sanado a personas que estaban muertas.

VALERIO:
Es un poco caprichoso, como ya se lo he dicho, y a veces desvaría y no parece lo que realmente es.

LUCAS:
Sí, le gusta hacer el payaso, y se diría a veces —no lo tome usted a mal— que ha recibido un golpe de hacha en la cabeza.

VALERIO:
Pero, en el fondo, es un pozo de sabiduría y tiene a menudo pensamientos muy elevados.

LUCAS:
Cuando se le antoja, habla con tal corrección y seguridad como si estuviera leyendo un libro.

VALERIO:
Su familia ha llegado hasta aquí y esta casa parece un jubileo.

GERONTE:
Ardo en deseos de verlo; trádmelo.

VALERIO:
Voy a buscarlo.

JACQUELINE:
A fe mía, señor, éste hará lo que han hecho los otros. Creo que será como los demás; y la mejor medicina para su hija sería, a mi entender, un marido que a ella le guste.

GERONTE:
¡Caramba, querida nodriza, está usted metiéndose en cosas que no le importan!

(1) En el teatro francés se llama "géronte", en general, al actor que hace el papel de padre o de anciano, cuyo carácter es el de un hombre terco, avaro, de corazón frío y duro, pero crédulo y fácil de engañar. En esta comedia, Molière dio a este personaje, en lugar de un nombre propio, como a los demás, ese genérico de Géronte, por lo cual lo conservamos en la traducción. En cierto modo, "géronte" es en el teatro francés lo que "barba" en el español.

EL MEDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile.
1956.

Ramón Sabat, Jorge Boudón y Alfredo Mariño.



LUCAS:

Cállate, Jacqueline, tú no tienes por qué meter las narices en esto.

JACQUELINE:

Digo y repito que todos estos médicos no harán más de lo que haría el agua corriente; que su hija tiene necesidad de una cosa bien diferente de las purgas, y que un marido es el emplasto que cura todas las enfermedades de las muchachas.

GERONTE:

¿Es ella quien le ha dicho a usted, estando muda, que es ésa la enfermedad que tiene? Y cuando quise casarla, ¿no fue ella la que se opuso a mis deseos?

JACQUELINE:

Muy bien; pero es que usted quiso casarla con un hombre que a ella no le gusta. ¿Por qué no eligió usted al señor Leandro, que es quien le ha llegado al corazón? Entonces ella le habría obedecido. Y apuesto cualquier cosa a que él la tomaría tal y como está, si usted quisiera dársela.

GERONTE:

No es Leandro quien le conviene. No tiene tanta fortuna como el otro.

JACQUELINE:

Tiene un tío muy rico, del cual es heredero.

GERONTE:

Todos esos dineros que están por venir no son otra cosa que cuentos. No hay sino lo que se tiene, y se corre un gran riesgo cuando se pone demasiada confianza en lo que tiene otro. La muerte no siempre tiene los oídos abiertos a los deseos y peticiones de los herederos. Cuando se espera, para vivir, a que muera otro, se le alargan a uno los dientes de tanto esperar.

JACQUELINE:

En fin, yo siempre he oído decir que en el matrimonio, como en otras cosas, la satisfacción sustituye a la riqueza. Los padres y las madres tienen siempre la maldita costumbre de preguntar: "¿Cuánto tiene él?" "¿Cuánto tiene ella?" El compadre Pedro dijo su hija en matrimonio al bruto de Tomás porque éste tenía

un poco más de viñedo que Robin, por quien ella sentía tanto amor; y he ahí que la pobre muchacha se ha puesto amarilla como un membrillo, y desde entonces nada le hace bien. Es un buen ejemplo para usted, señor. No hay nada mejor que hacer cada cual su gusto, y yo preferiría casar a mi hija con un marido que a ella le guste, que no con otro que tuviera el oro del mundo, si no le agrada.

GERONTE:

¡Diablos, nodriza, como despotrica usted! Cállese, se lo ruego, y no se preocupe usted tanto, no sea que se le agríe la leche.

LUCAS:

(Mientras habla, da palmadas en el pecho a Geronte). ¡Cállate; eres una impertinente! El señor no va a tener en cuenta lo que tú digas, pues sabe muy bien lo que tiene que hacer. Preocúpate de dar de mamar al niño, sin hacerte la marisabidilla. El señor es el padre de su hija, y es bueno y sensato para saber lo que le conviene.

GERONTE:

¡Poco a poco! ¡Poco a poco!

LUCAS:

Señor, es que quiero mortificarla un poco y enseñarle el respeto que le debe a usted.

GERONTE:

Sí; pero esos ademanes son innecesarios.

ESCENA II — VALERIO, SGANARELLE, GERONTE,
LUCAS, JACQUELINE

VALERIO:

Señor, he aquí a nuestro médico.

GERONTE:

Encantado, señor, de verlo en mi casa; tenemos mucha necesidad de sus servicios.

SGANARELLE:

(Vestido como los médicos y con gran sombrero de copa). Dijo Hipócrates que nos pusiéramos los som-

breros usted y yo.
GERONTE:
¿Hipócrates dijo eso?
SGANARELLE:
Sí.
GERONTE:
¿En qué capítulo, si me hace el favor?
SGANARELLE:
En su capítulo sobre sombreros.
GERONTE:
Pues si Hipócrates lo dijo, habrá que hacerlo.
SGANARELLE:
Señor médico, habiendo llegado a mi conocimiento las curas maravillosas. . .
GERONTE:
¿A quién se dirige usted, si puede saberse?
SGANARELLE:
A usted.
GERONTE:
¡Pero yo no soy médico!
SGANARELLE:
¿Qué no es usted médico?
GERONTE:
No, ciertamente.
SGANARELLE:
(Agarra un bastón y lo golpea, como hicieron con él)
¿Seguro que no?
GERONTE:
¡Seguro que no! ¡Ay, ay, ay!
SGANARELLE:
Pues ahora ya es usted médico; nunca he tenido yo otros títulos.
GERONTE:
¿Qué clase de hombre me han traído ustedes?
VALERIO:
Ya le advertí que era un médico muy guasón.
GERONTE:
Sí, pero, lo mandaré a paseo con todas sus chanzas.
LUCAS:
No lo tome a mal, señor; lo hace por pura broma.

GERONTE:
Pero esas bromas no me gustan.
SGANARELLE:
Señor, le pido mil perdones por la libertad que me he tomado.
GERONTE:
Señor, soy vuestro humilde servidor.
SGANARELLE:
Siento mucho. . .
GERONTE:
No es nada.
SGANARELLE:
Los bastonazos. . .
GERONTE:
No me han hecho daño.
SGANARELLE:
Que he tenido el honor de darle.
GERONTE:
No hablemos más de ello. Señor, tengo una hija que ha contraído una extraña enfermedad.
SGANARELLE:
Encantado, señor, de que su hija tenga necesidad de mí; y desearía de todo corazón que también usted y toda su familia tuviesen necesidad de mis servicios para testimoniarle el deseo que tengo de servirle.
GERONTE:
Muy agradecido por sus nobles sentimientos.
SGANARELLE:
Le aseguro que le hablo con toda el alma.
GERONTE:
Es mucho honor el que usted me hace.
SGANARELLE:
¿Cómo se llama su hija?
GERONTE:
Lucinda.
SGANARELLE:
¡Lucinda! ¡Ah, qué bello nombre para recetar! ¡Lucinda!

GERONTE:
Voy un momento a ver qué hace.
SGANARELLE:
¿Quién es esta mujer tan grande?
GERONTE:
Es la nodriza de mi hijito.
SGANARELLE:
¡Hermoso mueble, vive Dios! ¡Ah, nodriza, encantadora nodriza! Mi medicina es la más humilde esclava de su cualidad de nodriza, y quisiera yo ser el afortunado bebé que usted cría. Todos mis remedios, toda mi ciencia, toda mi capacidad están a su servicio, y. . .
LUCAS:
Con su permiso, señor; deje en paz a mi mujer, se lo ruego.
SGANARELLE:
¿Cómo! ¿Es su mujer?
LUCAS:
Sí.
SGANARELLE:
(Hace ademán de abrazar a Lucas, pero se vuelve hacia la nodriza y abraza a ésta).
¡Ah, no lo sabía! Me alegro mucho por el amor que se tienen.
LUCAS:
(Tirando de él). ¡Más despacio, más despacio!
SGANARELLE:
Le aseguro que estoy encantado de saber que son marido y mujer. La felicito por tener *(hace nuevamente ademán de abrazar a Lucas, pero se echa al cuello de su mujer)* un marido como usted. Y a usted lo felicito por tener una mujer tan bonita, tan discreta y tan bien formada como ésta.
LUCAS:
(Tirando de él otra vez). ¡Eh, eh; menos cumplimientos, por favor!
SGANARELLE:
¿No quiere que me alegre con usted de una pareja tan hermosa?

LUCAS:
Conmigo, todo lo que usted quiera, pero con mi mujer, nada de ceremonias.
SGANARELLE:
Participo de la felicidad de los dos, y *(vuelve a hacer el mismo juego)* si le abrazo a usted para testimoniarle mi alegría, la abrazo a ella para testimoniársela también.
LUCAS:
(Tirando de él una vez más). ¡Por Dios, señor médico, cuánta palabrería!
ESCENA III — SGANARELLE, GERONTE, LUCAS, JACQUELINE
GERONTE:
Señor, dentro de un momento estará aquí mi hija.
SGANARELLE:
La espero, señor, con toda mi medicina.
GERONTE:
¿Dónde la guarda?
SGANARELLE:
(Tocándose la frente). Aquí dentro.
GERONTE:
Muy bien.
SGANARELLE:
(Queriendo tocar los pechos de la nodriza). Pero como me intereso por toda la familia, es necesario que examine el pecho de la nodriza.
LUCAS:
(Tirando de él y obligándole a hacer una pirueta).
Nones; no hay por qué hacer eso.
SGANARELLE:
Es de la obligación del médico ver cómo andan los pechos de las nodrizas.
LUCAS:
No hay obligación que valga; aquí me tiene a mí a su disposición.
SGANARELLE:
¿Tiene usted la avilantez de oponerse al médico?

¡Fuera de aquí!

LUCAS:

Me río de sus órdenes.

SGANARELLE:

(Mirándolo ceñudo). Ya te daré yo risas.

JACQUELINE:

(Agarrando a Lucas del brazo y obligándolo también a hacer una pirueta). ¡Sal de ahí! ¿Es que no soy bastante grandecita para defenderme sin ayuda de nadie si quieren hacerme algo que yo no quiero?

LUCAS:

Es que no quiero que te toque.

SGANARELLE:

¡Fuera el villano que tiene celos de su mujer!

GERONTE:

Aquí está mi hija.

ESCENA IV — LUCINDA, VALERIO, GERONTE, LUCAS, SGANARELLE, JACQUELINE

SGANARELLE:

¿Es ésta la enferma?

GERONTE:

Sí; es mi única hija, y si muriese, eso sería para mí el mayor dolor del mundo.

SGANARELLE:

¡Qué se cuida muy bien de hacer eso! No puede morir sin permiso del médico.

GERONTE:

¡Vamos, una silla!

SGANARELLE:

He aquí una enferma que no está mal, y creo que un hombre sano se entendería muy bien con ella.

GERONTE:

La hace usted reír, señor.

SGANARELLE:

Tanto mejor; cuando el médico hace reír al enfermo es el mejor síntoma. Y bien, ¿de qué se trata? ¿Qué tiene usted? ¿Qué es lo que siente?

LUCINDA:

(Responde por señas, llevándose la mano a la boca, a la cabeza y bajo la barbilla). Ham, hi, hom, ham.

SGANARELLE:

¿Cómo? ¿Qué dice?

LUCINDA:

(Haciendo los mismos gestos). Ham, hi, hom, ham, hi, hom.

SGANARELLE:

¿Qué?

LUCINDA:

Ham, hi, hom.

SGANARELLE:

(Remedándola). Ham, hi, hom, ham, ha; no entiendo una palabra. ¿Qué demonio de idioma es ése?

GERONTE:

Señor, ésa es su enfermedad. Se ha vuelto muda, sin que hasta ahora hayamos averiguado por qué. Es un accidente que nos ha obligado a retrasar su boda.

SGANARELLE:

¿Por qué?

GERONTE:

Porque quien va a ser su esposo quiere esperar a que se cure, para casarse.

SGANARELLE:

¿Y quien es ese estúpido que no quiere que su mujer sea muda? ¡Pluguiera a Dios que la mía tuviera esa enfermedad! Me guardaría muy bien de desear su curación.

GERONTE:

En fin, señor, le ruego emplee toda su ciencia para curarla.

SGANARELLE:

No se preocupe usted. Y dígame, ¿le molesta mucho ese mal?

GERONTE:

Sí, señor.

SGANARELLE:

Mejor. ¿Siente muchos dolores?

GERONTE:

Sí, muy grandes.

SGANARELLE:

Eso está muy bien. ¿Va regularmente adonde usted sabe?

GERONTE:

Sí.

SGANARELLE:

Y... ¿en abundancia?

GERONTE:

No sé nada de eso.

SGANARELLE:

Y la materia, ¿es satisfactoria?

GERONTE:

No entiendo nada de esas cosas.

SGANARELLE:

(Volviéndose hacia la enferma). Déme la mano. El pulso indica que su hija es muda.

GERONTE:

Claro está que sí; ése es su mal. Ya lo ha visto usted desde el primer momento.

SGANARELLE:

¡Ah! ¡Ah!

JACQUELINE:

¡Miren cómo ha adivinado su enfermedad!

SGANARELLE:

Nosotros, los grandes médicos, conocemos las cosas al instante. Un ignorante se hubiera visto en dificultad y habría dicho que si esto, que si lo otro; pero yo lo he averiguado al primer golpe de vista y le digo a usted que su hija es muda.

GERONTE:

Sí, desde luego; pero yo quisiera que usted me dijese cual puede ser la causa.

SGANARELLE:

Nada más fácil; la causa está en que ha perdido el habla.

GERONTE:

Muy bien, pero ¿cual es, si le parece, el motivo de que

haya perdido el habla?

SGANARELLE:

Nuestros mejores autores le dirán que el motivo es el de no poder hacer uso de la lengua.

GERONTE:

Pero permítame que insista. ¿Qué piensa usted de esa imposibilidad de hacer uso de la lengua?

SGANARELLE:

Aristóteles dijo... cosas muy buenas acerca de eso.

GERONTE:

Lo creo.

SGANARELLE:

¡Oh, fue un gran hombre!

GERONTE:

Sin duda.

SGANARELLE:

(Levantando el brazo desde el codo). Un gran hombre, por cierto. Más grande que yo tanto así. Pero volvamos a nuestro razonamiento. En mi opinión, esta imposibilidad de hacer uso de la lengua se debe a ciertos humores que nosotros, los sabios, llamamos humores tóxicos; tóxicos, es decir... tóxicos; en tanto que los vapores formados por las exhalaciones de las influencias que nacen en la región de las enfermedades, vienen, por así decirlo, a... ¿Sabe usted latín?

GERONTE:

Ni una palabra.

SGANARELLE:

(Haciendo un gesto de asombro). ¿Qué no sabe usted latín?

GERONTE:

No.

SGANARELLE:

(Adoptando diversas posturas cómicas). "Cabricias arcí thuram, cathalamus, singulariter, nominativo haec Musa, "la Musa", bonus, bona, bonum, Deus sanctus, estne oratio latinae? Etiam "sí". Quare? "¿Por qué? Quia sustantivo et adjectivum concordat in generi, numerus et casus". (1).

GERONTE:

¡Ah, por qué no habré estudiado yo!

JACQUELINE:

¡Qué hombre tan sabio!

LUCAS:

Sí, es tan sabio que yo no le entiendo ni una palabra.

SGANARELLE:

Ahora bien, esos vapores de que le hablo, al pasar del lado izquierdo, donde está el hígado, al lado derecho, donde está el corazón, resulta que el pulmón, que en latín llamamos "armyan" y tiene comunicación con el cerebro, que en griego llamamos "nasmus", por medio de la vena cava, que en hebreo llamamos "cubile", se encuentran en su camino con dichos vapores, que llenan los ventrículos del omóplato; y como dichos vapores . . . Siga usted bien mi razonamiento, se lo ruego. Y como dichos vapores tienen cierta malignidad. . . Oiga bien esto, por favor.

GERONTE:

Sí.

SGANARELLE:

. . . Tienen cierta malignidad, causada por . . . Esté usted atento, se lo suplico.

GERONTE:

Lo estoy.

SGANARELLE:

. . . Causada por la acritud de los humores engendrados en la concavidad del diafragma, ocurre que esos

vapores. . . "Ossabandus, nequeys, potarinum, quipsa milus". (1) He ahí, exactamente, la causa de que su hija haya quedado muda.

JACQUELINE:

¡Ah, qué bien habla este hombre!

LUCAS:

¡Y que yo no tenga la lengua tan bien puesta!

GERONTE:

La verdad es que no se puede razonar mejor. Solamente una cosa me ha chocado: es el lugar que ocupa el hígado y el corazón. Me parece que usted los sitúa mal, pues el corazón está a la izquierda y el hígado a la derecha.

SGANARELLE:

Sí, antes era así; pero nosotros hemos cambiado todo eso y practicamos ahora la medicina por un método completamente nuevo.

GERONTE:

¡Ah, no lo sabía! Le pido perdón por mi ignorancia.

SGANARELLE:

No hay nada de malo en ello, pues no está usted obligado a saber tanto como nosotros.

GERONTE:

Seguramente. Pero, señor, ¿qué cree usted que hay que hacer para curar la enfermedad de mi hija?

SGANARELLE:

¿Lo que creó yo que hay que hacer?

GERONTE:

Sí.

SGANARELLE:

En mi opinión, volverla a la cama y que tome mucho pan remojado en vino.

GERONTE:

¿Y para qué eso, señor?

SGANARELLE:

Porque en el pan y el vino mezclados hay una virtud simpática que hace hablar. ¿No sabe usted que eso es lo que se les da a los loros y que así aprenden a hablar?

GERONTE:

¡Es verdad! ¡Ah, qué hombre tan grande! ¡A ver, pronto, pan y vino en cantidad!

SGANARELLE:

A la tarde volveré para ver qué tal sigue. (*A la nodriza*). Y ahora, usted. Señor, es necesario que prepare algunos pequeños remedios para la nodriza.

JACQUELINE:

¡Cómo! ¿Para mí? Me encuentro perfectamente bien.

SGANARELLE:

Tanto peor, nodriza, tanto peor. Es de temer su mucha salud, y no estará de más que le haga una pequeña sangría y le dé una lavativa dulcificante.

GERONTE:

Pero, señor, ésa es una moda que no comprendo. ¿Por qué hacerse sangrar cuando no hay ninguna enfermedad?

SGANARELLE:

No importa; la moda es saludable, y así como se debe por la sed que se va a tener, así hay que hacerse sangrar por la enfermedad que ha de venir.

JACQUELINE:

(*Retirándose*). Me río de todo eso y no quiero hacer de mi cuerpo una botica.

SGANARELLE:

Es usted reacia para los remedios, pero ya le haremos entrar en razón. (*Dirigiéndose a Geronte:*) Buenos días, señor.

GERONTE:

Espere un momento, por favor.

SGANARELLE:

¿Qué va usted a hacer?

GERONTE:

Pagarle, señor.

SGANARELLÉ:

(*Tendiendo la mano por debajo de la levita, mientras Geronte abre su bolsa*). No se lo tomaré, señor.

GERONTE:

Pero, señor. . .

SGANARELLE:

De ninguna manera.

GERONTE:

Un momento, un momento.

SGANARELLE:

De ningún modo.

GERONTE:

¡Por favor!

SGANARELLE:

Usted se burla.

GERONTE:

Bueno, ya está hecho.

SGANARELLE:

No haré nada.

GERONTE:

¿Eh?

SGANARELLE:

No ejerzo mi profesión por dinero.

GERONTE:

Lo creo.

SGANARELLE:

(*Después de haber tomado el dinero*). ¿Es moneda de curso legal?

GERONTE:

Sí, señor.

SGANARELLE:

Yo no soy un médico mercenario.

GERONTE:

Lo sé muy bien.

SGANARELLE:

No lo hago por interés.

GERONTE:

Ni lo he pensado.

(1) Las cuatro primeras palabras están formadas con sílabas reunidas al azar. Las que siguen son reminiscencias de aquellos "Rudimentos" que Sganarelle estudió en su juventud. Luego vienen frases enteras: "Dios es santo. ¿Es esto latín? Sí. ¿Por qué? Porque el adjetivo concuerda con el sustantivo en género, número y caso".

(1) Otra serie de palabras formadas caprichosamente.



EL MEDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile.
1956.
Clara Brevis, Jorge Boudón, Marés González, Alfredo Mairiño,
Ramón Sabat y Jorge Lillo.

ESCENA V — SGANARELLE, LEANDRO

SGANARELLE:
(Mirando su dinero). ¡Esto no va mal! Con tal que . . .

LEANDRO:
Señor, hace mucho tiempo que lo espero; vengo a implorar su ayuda.

SGANARELLE:
(Tomándole de la muñeca). Este pulso va muy mal.

LEANDRO:
No estoy enfermo, señor, y no acudo a usted por eso.

SGANARELLE:
Pues si no está enfermo, ¿por qué diablos no lo dice?

LEANDRO:
Oiga usted. Para decirlo en dos palabras: me llamo Leandro y estoy enamorado de Lucinda, a quien usted acaba de ver. Y como, por la inquina que me tiene su padre, todo acceso a ella me está prohibido, me atrevo a pedirle a usted que tenga la bondad de ayudarme facilitándome un medio para poner en práctica una estratagema que he ideado al objeto de hablar con Lucinda dos palabras. De ello dependen mi felicidad y mi vida.

SGANARELLE:
(Que parece encolerizado). ¿Por quién me toma usted? ¿Cómo se atreve a dirigirse a mí para que lo sirva en sus amores, rebajando así la dignidad de médico a quehaceres de esa naturaleza?

LEANDRO:
Señor, no haga tanto ruido.

SGANARELLE:
(Haciéndole retroceder). ¡Quiero hacerlo! ¡Es usted un impertinente!

LEANDRO:
¡Pero, señor, hable más bajo!

SGANARELLE:
¡Un desconsiderado!

LEANDRO:
¡Por favor!

SGANARELLE:
¡Ya le enseñaré yo que no soy hombre para eso, y que es una gran insolencia! . . .

LEANDRO:
(Saca una bolsa de monedas y se la entrega). Señor . . .

SGANARELLE:
. . . El querer utilizarme . . . No lo digo por usted, que es un hombre decente, y me alegraría mucho poder servirle en algo; pero hay en el mundo gentes que le toman a uno por lo que no es, y le confieso que eso me irrita.

LEANDRO:
Le pido perdón, señor, por la libertad que . . .

SGANARELLE:
No haga usted caso. ¿De qué se trata?

LEANDRO:
Sepa, señor, que esa enfermedad que quiere usted curar es una enfermedad fingida. Los médicos han razonado muy bien sobre ella; no han dejado de decir que tiene su causa en el cerebro, en las entrañas, en el bazo, en el hígado; pero solamente el amor es su motivo, y Lucinda simula esa enfermedad para librarse de un matrimonio que le desagrada. . . Pero vámonos de aquí, para que no nos vean juntos, y mientras caminamos le diré lo que quiero de usted.

SGANARELLE:
Andando. Siento por su amor una ternura tal que ni es concebible; y aunque tenga que dejar de ser médico, o la enferma revienta, o se casa con usted.

ACTO TERCERO

ESCENA I — SGANARELLE, LEANDRO

LEANDRO:
Me parece que no estoy mal así para hacerme pasar por boticario. Y como el padre de Lucinda apenas me ha visto un par de veces, este cambio de traje y de peluca bastará, creo yo, para que no me reconozca.

SGANARELLE:

Sin duda.

LEANDRO:

Todo lo que necesito es conocer media docena de palabras de medicina para hacer un discursito y dár-melas de sabio.

SGANARELLE:

¡Vamos, vamos; nada de eso es necesario! Basta con el traje; yo mismo no sé más que usted.

LEANDRO:

¿Cómo?

SGANARELLE:

¡El diablo me lleve si yo sé una palabra de medicina! Usted es un hombre decente y quiero confiar en usted como usted ha confiado en mí.

LEANDRO:

¡Cómo! Pero usted no es . . .

SGANARELLE:

Ya le digo que no. Me han hecho médico, a pesar mío. No pensé nunca saber tanto, y todos mis estudios no han pasado de los elementales. No sé por qué se les metió en la cabeza que yo era médico; pero cuando he visto que estaban empeñados en que lo fuese, me he decidido a serlo, pase lo que pase. Y no creería usted cómo se ha extendido mi fama y de qué modo están todos creídos de que soy un sabio. Se me llama de todas partes, y si las cosas siguen como hasta ahora, me parece que voy a seguir siendo médico toda mi vida. Creo que este oficio es el mejor de todos, puesto que, haga uno las cosas bien o las haga mal, lo mismo se cobra. Nosotros nunca tenemos la culpa; cortamos por donde nos da la gana el paño en que trabajamos. Si un zapatero echa a perder el cuero cuando trabaja, él paga los vidrios rotos, pero en nuestro oficio se puede echar a perder todo un hombre sin que nos cueste nada. Nosotros no nos equivocamos nunca y la culpa es siempre del que muere. En fin, lo bueno de nuestra profesión está en que los muertos son la gente más honrada y más discreta del mundo; jamás se habrá visto a ninguno de ellos quejarse del

médico que lo ha matado.

LEANDRO:

Cierto que los muertos, en esa cuestión, tienen mucha honradez.

SGANARELLE:

(Viendo que unos hombres van hacia él). Ahí vienen dos hombres que tienen el aspecto de querer consultarme algo. Váyase y espéreme cerca de la casa de su novia.

ESCENA II — THIBAUT, PEDRITO, SGANARELLE

THIBAUT: (1)

Señor, yo y mi hijo Pedrito venemos a buscarlo.

SGANARELLE:

¿Qué ocurre?

THIBAUT:

Su pobre madre, que tiene por nombre Petrita, está en cama, enferma, desde hace seis meses.

SGANARELLE:

(Tendiendo la mano como para cobrar). ¿Y qué quiere usted que haga yo?

THIBAUT:

Yo querriamos, señor, que nos diese usted alguna pequeña tontería para curarla.

SGANARELLE:

Es preciso saber qué enfermedad padece.

THIBAUT:

Está enferma de hipocresía, señor.

SGANARELLE:

¿De hipocresía?

(1) Respetamos en la traducción el lenguaje maltrecho que Molière hace hablar al rústico Thibaut.

THIBAUT:

Sí, o sea que está inflada por todas partes; y nos han dicho que es la cantidad de seriosidades que tiene en el cuerpo, y que su hígado, su tripa o su bazo, como usted quiera llamarle, en lugar de hacer sangre, lo que hace es agua. Tiene, de cada dos días uno, la fiebre cotidiana, con laxitudes y dolores en las pantorrillas de las piernas. Se oyen en su garganta ruidos de fle-mas que parece que le van a ahogar; y a veces le dan síncoles y conversiones que creemos que se ha ido al otro barrio. Tenemos en el pueblo un boticario, con perdón de usted, que le ha dado yo no sé cuántas historias; y ya me ha costado más de una docena de buenos escudos en lavativas, y perdone la palabra, en aposemas que le hacen tomar, en indeciones de jacin-to y en porciones cordiales. Pero todo eso, como dijo el otro, no le hace ni fu, ni fa. Ahora quiere darle una droga que se llama vino amétilo; pero tengo miedo, la verdad, que con ello se vaya al otro mundo; me han dicho que los médicos han matado no sé cuánta gente con ese invento.

SGANARELLE:

(Que está siempre con la mano tendida y la mueve para indicar que quiere dinero). Vamos al grano, amigo, vamos al grano.

THIBAUT:

La cosa es, señor, que venemos para que usted nos diga lo que tenemos que hacer.

SGANARELLE:

No entiendo nada.

PEDRITO:

Señor, mi madre está enferma, y aquí tiene usted dos escudos que traemos para que usted nos dé algún remedio.

SGANARELLE:

¡Ah, a ti sí te entiendo! He aquí un muchacho que se explica muy bien. ¿Dices que tu madre está enferma de hidropesía; que tiene hinchado todo el cuerpo; que tiene fiebre y dolores en las piernas, y que le dan, a veces, síncoles y convulsiones, es decir, desvane-

cimientos?

PEDRITO:

Sí señor; eso, exactamente.

SGANARELLE:

He comprendido desde el primer momento tus palabras. Tu padre no sabe lo que dice. Lo que quieres ahora es un remedio, ¿no?

PEDRITO:

Sí, señor.

SGANARELLE:

¿Un remedio para curarla?

PEDRITO:

Eso.

SGANARELLE:

Toma este pedazo de queso. Que se lo coma tu madre.

PEDRITO:

¿Queso, señor?

SGANARELLE:

Sí; es un queso en cuya composición entran el oro, el coral, perlas y otras muchas cosas preciosas.

PEDRITO:

Muy agradecido, señor. Vamos a hacerle tomar este queso ahora mismo.

SGANARELLE:

¡Idos. Si muere, no dejéis de hacerle un buen entierro.

ESCENA III — JACQUELINE, SGANARELLE, LUCAS

SGANARELLE:

¡Aquí está la hermosa nodriza! ¡Ah, nodriza de mi corazón, encantado de verla! Verla a usted es el rubarbo, la casia y el sen que purgan de mi alma toda melancolía.

JACQUELINE:

Todo eso, señor médico, está demasiado bien dicho para mí, que no entiendo ni una palabra de su latín.

SGANARELLE:

Enférmete usted, nodriza, se lo ruego. Caiga usted enferma, por mi amor. El curarla será para mí una alegría inmensa.

*EL MEDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile. 1956.
Clara Brevis, Marés González, Alfredo Mariño, Jorge Boudón,
Jorge Lillo y Ramón Sabat.*



JACQUELINE:

Soy su servidora; pero prefiero que no tenga usted que curarme.

SGANARELLE:

¡Cuánto la compadezco, hermosa nodriza, por tener un marido tan celoso y tan molesto como el que tiene!

JACQUELINE:

¡Que quiere usted, señor! Eso es para castigo de mis muchas faltas; pero allí donde esté atada la cabra es donde tiene que salir la yerba.

SGANARELLE:

¿Cómo? ¡Un hombre tan rudo! ¡Un hombre que la está vigilando siempre y que no quiere que nadie le hable a usted!

JACQUELINE:

Y lo que usted ha visto no es más que una pequeña muestra de su mal carácter.

SGANARELLE:

¿Pero es posible? ¡Que un hombre tenga el alma tan ruin como para maltratar a una persona como usted! ¡Ah, hermosa nodriza, yo sé de alguien que no está lejos de aquí, que se tendría por feliz con sólo besar la punta de sus piecitos! ¿Por qué una persona tan bien modelada ha de caer en manos de un animal, de un bruto, de un estúpido, de un imbecil? Y perdóneme, nodriza, que hable así de su marido.

JACQUELINE:

¡Ah, señor, sé muy bien que se merece todos esos nombres!

SGANARELLE:

Sí, nodriza; seguramente que se los merece. Y merecería, además, que le adornara usted la frente, para castigo de sus sospechas.

JACQUELINE:

La verdad es que si no mirase más que por él, podría obligarme a hacer algo raro.

SGANARELLE:

Haría usted muy bien vengándose de él con alguno. Es un hombre, repito, que se merece una cosa así; y si yo tuviese la suerte de ser elegido para . . .

(Al llegar aquí en su conversación, se dan cuenta los dos de que Lucas está detrás de ellos, escuchando lo que dicen, cada cual se retira por un lado, pero el médico de una manera muy graciosa).

ESCENA IV — GERONTE, LUCAS

GERONTE:

Hola, Lucas. ¿No has visto por aquí a nuestro médico?

LUCAS:

Sí que lo he visto, por todos los diablos, y también he visto a mi mujer.

GERONTE:

¿Dónde podrá estar ahora?

LUCAS:

No lo sé, pero me gustaría que estuviese en el infierno.

GERONTE:

Anda; ve a ver qué hace mi hija.

ESCENA V — SGANARELLE, LEANDRO, GERONTE

GERONTE:

Hola, señor. Precisamente, preguntaba dónde podría estar usted.

SGANARELLE:

Estaba ahí, en el corral, entreteniéndome en expulsar de mi cuerpo las sobras de la bebida. ¿Cómo se encuentra la enferma?

GERONTE:

Un poco peor, después de haber tomado el remedio que usted indicó.

SGANARELLE:

Tanto mejor; es señal de que está produciendo su efecto.

GERONTE:

Sí, pero tengo miedo de que ese remedio la mate.

SGANARELLE:

No se preocupe; tengo remedios que se ríen de todos los males, y espero a la agonía.

GERONTE:

¿Quién es ese hombre que ha traído consigo?

SGANARELLE:

(Haciendo con la mano señales para explicar que es boticario).

Es...

GERONTE:

¿Qué?

SGANARELLE:

El que...

GERONTE:

¿Eh?

SGANARELLE:

El que...

GERONTE:

Le escucho.

SGANARELLE:

Es uno de quien su hija tiene mucha necesidad.

ESCENA VI — JACQUELINE, LUCINDA, GERONTE, LEANDRO, SGANARELLE

JACQUELINE:

Señor, su hija quiere pasear un poco.

SGANARELLE:

Eso le hará bien. Vaya usted, señor boticario, y tómele el pulso, para que luego hablemos de su enfermedad. *(En este momento, Sganarelle lleva a Geronte a un extremo de la escena y, pasándole un brazo por sobre los hombros, le pone la mano en la barbilla haciendo que vuelva la cara hacia él para que no pueda ver lo que hacen su hija y el boticario, mientras le espeta este discurso, para entretenerlo.)* Señor, una de las cuestiones que más preocupan a los sabios doctores en medicina es la de saber si es más fácil curar a las mujeres que a los hombres. Le ruego que

me escuche, por favor. Unos dicen que sí, otros dicen que no, y yo digo que sí y que no; pues, teniendo en cuenta que la incongruencia de los humores opacos que se encuentran en el temperamento natural de las mujeres es la causa de que la parte brutal impere sobre la sensitiva, se ve que la discrepancia de sus opiniones depende del movimiento oblicuo del círculo de la Luna; y como el Sol, que manda sus rayos sobre la concavidad de la Tierra, encuentra...

LUCINDA:

No; soy incapaz de cambiar de sentimientos.

GERONTE:

¡He ahí a mi hija que habla! ¡Oh, gran virtud del remedio! ¡Oh, médico admirable! ¡Qué obligado le estoy por esta cura maravillosa! ¿Qué puedo hacer por usted después de lo que usted ha hecho por mí?

SGANARELLE:

(Paseándose por la escena y enjugándose la frente).
¡Cuánto quehacer me ha dado esa enfermedad!

LUCINDA:

Sí, padre mío, he recobrado el habla; pero la he recobrado para decirle que nunca me casaré con nadie que no sea Leandro, y que es completamente inútil que quiera usted casarme con Horacio.

GERONTE:

Pero...

LUCINDA:

Nadie será capaz de cambiar la resolución que he tomado.

GERONTE:

¿Cómo?

LUCINDA:

Es inútil que me venga usted con razonamientos.

GERONTE:

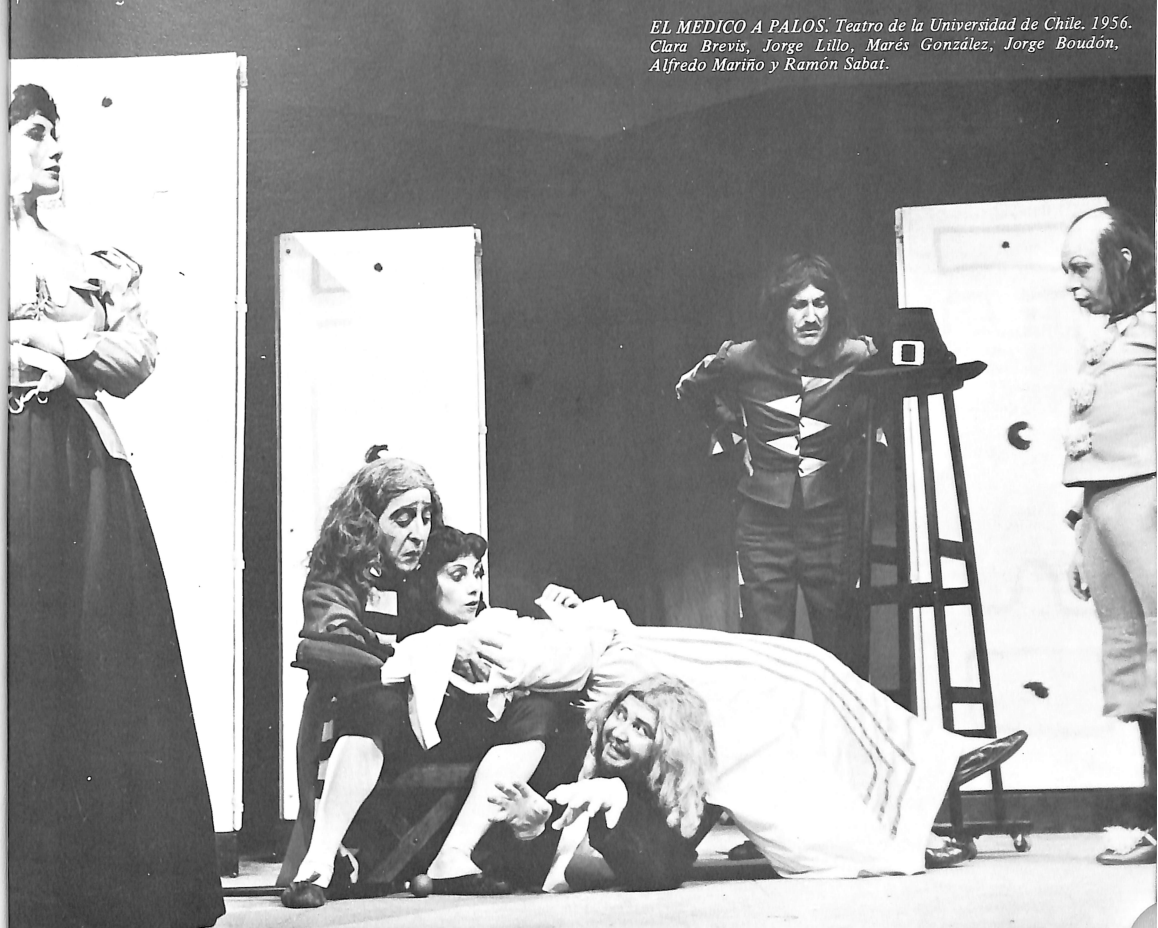
Sí...

LUCINDA:

Para nada han de servir todos sus discursos.

GERONTE:

Yo...



EL MEDICO A PALOS. Teatro de la Universidad de Chile. 1956.
Clara Brevis, Jorge Lillo, Marés González, Jorge Boudón,
Alfredo Mariño y Ramón Sabat.

LUCINDA:
Estoy firmemente decidida a ello.

GERONTE:
Pero . . .

LUCINDA:
Ningún poder paternal puede obligarme a que me case contra mi voluntad.

GERONTE:
Yo he . . .

LUCINDA:
Por mucho que se esfuerce en hacerlo.

GERONTE:
La . . .

LUCINDA:
Y antes me encerraré en un convento que casarme con un hombre a quien no amo.

GERONTE:
Pero . . .

LUCINDA:
(Hablando a gritos). ¡No; de ninguna manera! ¡No hay nada que hacer! ¡Pierde usted el tiempo! ¡No haré nada de eso! ¡Ya está decidido!

GERONTE:
¡Ah, qué torrente de palabras! No hay quien lo resista. Señor, le ruego que la vuelva muda otra vez.

SGANARELLE:
Eso es imposible. Todo lo que puedo hacer, si quiere, es dejarle sordo a usted.

GERONTE:
Muchas gracias. Piensa, pues . . .

LUCINDA:
No; no ha de conquistar mi alma con todas sus razones.

GERONTE:
Te casarás con Horacio esta misma noche.

LUCINDA:
Antes me casaré con la muerte.

SGANARELLE:
¡Dios mío! Sosiéguese usted y déjeme medicinar este asunto. Sufre una enfermedad y conozco muy bien el

remedio apropiado.

GERONTE:
¿Será posible, señor, que pueda usted curar también esa enfermedad del espíritu?

SGANARELLE:
Sí. Déjeme hacer. Tengo remedios para todo y nuestro boticario nos servirá para esta curación. (Llama al boticario y le habla). Una palabra. Usted ve que el amor que siente por Leandro es completamente contrario a la voluntad del padre; que no hay tiempo que perder; que los humores se han agriado mucho, y que es necesario encontrar inmediatamente un remedio para este mal, que podría agravarse por una demora. Para mí no hay más que uno, que consiste en tomar una huida purgante, que mezclará usted con dos dracmas de "matrimonium" en píldoras. Quizá oponga ella alguna resistencia a tomar esa medicina, pero como usted es muy hábil en su oficio, es usted quien debe resolver la cuestión y hacer que tome la cosa como mejor pueda. Váyase a dar una vueltecita por el huerto para preparar los humores, mientras yo entretengo al padre; pero no pierda tiempo: rápido el remedio, el remedio específico.

ESCENA VII — GERONTE, SGANARELLE

GERONTE:
¿Qué drogas son, señor, ésas que usted acaba de nombrar?

SGANARELLE:
Son drogas para casos muy urgentes.

GERONTE:
¿Ha visto usted en su vida una insolencia parecida a la de mi hija?

SGANARELLE:
Las muchachas son a veces un poco tercas.

GERONTE:
No podría usted creer cómo está loca por ese Leandro.



SGANARELLE:

El calor de la sangre hace su efecto en los corazones jóvenes.

GERONTE:

Por mi parte, desde que descubrí la violencia de ese amor, he tenido encerrada a mi hija.

SGANARELLE:

Ha obrado usted muy cuerdamente.

GERONTE:

Y he impedido que se hablen.

SGANARELLE:

Muy bien hecho.

GERONTE:

Si hubiera consentido que se vieran, habría ocurrido algún disparate.

SGANARELLE:

Sin duda.

GERONTE:

Creo que mi hija hubiera sido capaz de dejarse raptar por él.

SGANARELLE:

Ha actuado usted muy prudentemente.

GERONTE:

Me han dicho que él hace toda clase de esfuerzos para hablar con ella.

SGANARELLE:

¡Qué insolente!

GERONTE:

Pero pierde el tiempo.

SGANARELLE:

¡Ah, claro!

GERONTE:

Impediré que la vea.

SGANARELLE:

Cosa difícil para un estúpido como ése. Usted tiene conocimientos que él no tiene y, además, no es usted ningún bruto.

ESCENA VIII — LUCAS, GERONTE, SGANARELLE

LUCAS:

¡Por todos los diablos, señor, la que se ha armado! Su hija ha huido con Leandro. Era él el boticario. Y este señor médico es quien lo ha tramado todo.

GERONTE:

¡Cómo! ¡Matarme así! ¡Vamos, llamen pronto a un comisario y que no se deje salir a este señor! ¡Ah, traidor, ya haré yo que la justicia lo castigue!

LUCAS:

¡A fe mía, señor médico, usted será ahorcado! ¡No se mueva de aquí!

ESCENA IX — MARTINA, SGANARELLE, LUCAS

MARTINA:

¡Ay, Dios mío, cuánto me ha costado encontrar esta casa! Quisiera saber algo del médico que le proporcioné.

LUCAS:

Aquí lo tiene usted. Va a ser ahorcado.

MARTINA:

¿Qué? ¿Ahorcado mi marido? ¡Ah! ¿Y qué ha hecho para eso?

LUCAS:

Preparar el rapto de la hija de mi amo.

MARTINA:

¡Ay, querido mío! ¿Es cierto que te van a ahorcar?

SGANARELLE:

Ya lo ves. ¡Ay!

MARTINA:

¿Y vas a dejarte morir delante de tanta gente?

SGANARELLE:

¿Y qué quieres que haga?

MARTINA:

Si al menos hubieras terminado de cortar nuestra leña, me quedaría algún consuelo.

SGANARELLE:

Retírate. que me lastimas el corazón.

MARTINA:

No; quiero estar aquí para darte ánimos, y no me marcharé hasta que te vea ahorcado.

SGANARELLE:

¡Ay!

ESCENA X — GERONTE, SGANARELLE, MARTINA, LUCAS

GERONTE:

Va a llegar dentro de unos instantes el comisario, y se le encerrará a usted en lugar seguro.

SGANARELLE:

(Con el sombrero en la mano). ¡Ay! ¿No podrían cambiarme la horca por unos cuantos bastonazos?

GERONTE:

No, no; la justicia dispondrá lo que haya de hacerse. Pero ¿qué veo?

ESCENA XI — LEANDRO, LUCINDA, JACQUELINE, LUCAS, GERONTE, SGANARELLE, MARTINA

LEANDRO:

Señor, vengo a hacer que Leandro comparezca ante sus ojos y a devolverle Lucinda a su potestad. Hemos tenido el propósito de huir y de casarnos, pero hemos cambiado ese proyecto por un proceder más honesto. De ningún modo quiero robarle a usted su hija, sino recibirla de su mano. Tengo que decirle, señor, que acaba de llegarme una carta en la que se me dice que mi tío ha muerto y que soy el heredero de todos sus bienes.

GERONTE:

Señor, aprecio su virtud en todo lo que vale, y le doy mi hija con la mayor alegría del mundo.

SGANARELLE:

¡De buena se ha librado la Medicina!

MARTINA:

Puesto que ya no vas a ser ahorcado, dame las gracias por ser médico, pues soy yo quien te consiguió ese honor.

SGANARELLE:

Sí, tú eres quien me consiguió no se cuántos estacazos.

LEANDRO:

El resultado ha sido bueno, y no hay por qué guardar resentimiento alguno.

SGANARELLE:

Sea; te perdono los palos en gracia a la dignidad a que me has elevado; pero prepárate para vivir en lo sucesivo con el respeto que se debe a un hombre de mi importancia, y piensa que la cólera de un médico es de temer mucho más de lo que podría creerse.

FIN
DE
EL MEDICO A PALOS

PANORAMA TEATRAL

Por:
ANITA KLESKY

Durante el primer semestre de 1985 las compañías profesionales de Santiago estrenaron 21 obras de teatro, de las cuales 8 correspondieron a dramaturgos nacionales.

Se puede afirmar que el gran Molière fue el rey indiscutido de nuestros escenarios en esta primera mitad del año, ya que 3 de sus obras fueron estrenadas por diferentes compañías: "Tartufo", por el Teatro Itinerante, "El Enfermo Imaginario", por el Teatro Nacional Chileno, y "George Dandin" o "El Marido Burlado", por un teatro independiente.

También cabe destacar durante este semestre el éxito alcanzado por las nuevas obras de dramaturgos chilenos, desde los consagrados como Alejandro Sieveking y Juan Radrigán, hasta los más recientes como Jaime Miranda, Ramón Griffero, Mario Cruz y Omar Saavedra. Autores nacionales, diferentes y exitosos, que enriquecieron con sus obras esta nueva jornada teatral.

TEATROS UNIVERSITARIOS

El Teatro de la Universidad Católica inició su temporada con el estreno de la obra "Doña Ramona", del autor uruguayo Víctor Manuel Leites, basada en la novela del escritor José Pedro Bellán. La acción de la obra se sitúa a comienzos de siglo, en Montevideo, tiempo en que se inician los cambios sociales que caracterizaron ese período. La obra es un cuadro de época que muestra a una familia de la alta burguesía sometida a una rígida moral, a presiones sociales y a una religiosidad mal orientada. A esta familia compuesta de 4 hermanos, tres mujeres y un hombre, llega una

nueva ama de llaves, doña Ramona, y entre ella y el único hombre de la casa surge una pasión que pone en peligro la estructura social de la familia. Este cuadro costumbrista, que pareciera en un comienzo ser plácido, alcanza un clímax de extraordinaria violencia y eficacia dramática que convierten a "Doña Ramona" en una obra impresionante e inolvidable. La dirección estuvo a cargo de Héctor Nogueira, la escenografía e iluminación de Ramón López y el vestuario correspondió a Maya Mora. El elenco estuvo compuesto por Marcela Medel, Gloria Munchmeyer, Schlomyt Baytelman, Nancy Paulsen, María Cánepa, Luz Jiménez y Alejandro Castillo.

El Teatro de la Universidad Católica estrenó también en este primer semestre del año una obra dedicada al público infantil: "Los niños que no podían ser niños", obra adaptada por Gerardo Cáceres de cuentos españoles surgidos en torno al Decálogo de los Derechos del Niño, aprobado por UNICEF en 1959. En esta obra, que dirigió Rodolfo Bravo, se mezclan realidad y fantasía, ya que personajes de famosos cuentos abandonan sus relatos porque no pueden ser verdaderamente niños. Además, como en las narraciones ellos son maltratados, consideran injusto entretener con sus sufrimientos. Pero al convertirse en niños normales los personajes comienzan a aburrirse y a pelear, y terminan reconociendo que están mejor en los cuentos. Integraron el elenco Max Corvalán, Emilio García y Mabel Guzmán junto a un grupo de estudiantes de los cursos superiores de la Escuela de Teatro de la U.C. La obra tuvo música de Patricio Solovera, diseño de Daniel Palma e iluminación de Ramón López.

EL ENFERMO IMAGINARIO. Moliere. Teatro de la Universidad de Chile. 1985.
Diana Sans, Enrique Heine, Isabel Quinteros, Humberto Duvauchelle y Bastian Bodenhojfer.



Ilisier, Sigfried Polhammer, Marisol Agar, José Luis Arredondo, María Corbino, William Hidalgo, Esteban Marió, Martín Balmaceda, Francisco Moraga y Rodrigo Vidal.

En mayo se conoció otra obra del dramaturgo chileno Jaime Miranda: "Por la razón o la fuerza", que se estrenó en el Teatro Arte Cámara Negra, dirigida por Humberto Duvauchelle, con escenografía de Guillermo Ganga, y la actuación de Aníbal Reyna, Adolfo Assor, Gloria Canales y Claudio Arredondo. En esta obra Jaime Miranda muestra a chilenos que han llegado a Venezuela buscando una mejor situación económica. Toda la obra transcurre en un rincón del aeropuerto de Maiquetía. Ahí llegan el Quique, tornero mecánico que mejoró su situación en Venezuela, y Gastón, vendedor de libros, que no lo consiguió. Vienen a esperar a la mujer de Quique que llega desde Chile decidida a quedarse. En el mismo avión regresa un muchacho de 25 años que fracasó en su intento de radicarse en Chile. Esta segunda obra de Jaime Miranda estrenada en Chile, es también emotiva, humorística y muestra una posibilidad de solución a través del cariño y la solidaridad.

A comienzos de mayo la Compañía La Cercha estrenó en la sala Del Angel "La Cantante Calva", de Ionesco, dirigida por Edgardo Bruna, con escenografía de Guillermo Ganga, y la actuación de Brana Vantman, Rodrigo Alvarez, Mario Gatica, Verónica Vdaurrazaga, Ilse Alfaro y Claudio Pueller. Ionesco plantea en "La Cantante Calva", obra estrenada en 1950, la tragedia de nuestra sociedad trivializada por una rutina deshumanizadora, en la que el lenguaje ha perdido su capacidad de comunicar. Hace 35 años Ionesco mostró lo que luego sería el gran tema del arte contemporáneo: la incomunicación. Esta versión del Teatro La Cercha permite el reencuentro con una obra que ya es clásica, es un creativo y respetuoso montaje, que permite valorar la potencialidad lúdica y vigencia del texto, y que lo hacen ideal para formar nuevos espectadores para nuestro teatro.

La Compañía "Teatro del Arte" estrenó en el teatro Apoquindo una versión libre de "Romeo y Julieta", dirigida por Rolando Valenzuela y basada en la traducción que Pablo Neruda hizo del texto original de Shakespeare. Dirigido especialmente a la juventud, este montaje contó con Sergio Zapata a cargo del vestuario, coreografía de Hernán Baldrich y la actuación de Solange Lackington, Rolando Valen-

zuela, David Guzmán, Silvia Novak, Luis Montoya, Carmen Disa Gutiérrez, Max Corvalán y Raúl Palma. Esta versión, ágil y moderna, apoya y resume la relación de Romeo y Julieta, quienes son víctimas de una sociedad en crisis que los conduce a la tragedia.

El odio entre las familias Capuleto y Montesco genera muerte y dolor, pero finalmente modificarán su conducta. El empeño del Teatro del Arte consistió una vez más en darle a lo clásico un atractivo y una validez contemporánea, respetando su esencia, para lograr una actual identificación.

El "Teatro Tiempo" estrenó en la sala "Alejandro Flores" la obra "Telarañas", del argentino Eduardo Pavlosky, dirigida por Jorge Loncón. El autor, es además psiquiatra y su obra plantea una gran reflexión sobre la violencia en las relaciones familiares. El protagonista es un jubilado que espera con afán obsesivo convertirse en millonario gracias a la ruleta. A esto arrastra a su mujer y juntos hacen del hijo un gran atormentado. La obra ha sido definida como una pesadilla vanguardista que se desarrolla en 3 niveles: realista, distanciamiento brechtiano y teatro del absurdo. Entre los actores figuran César Abu-Eid, María Teresa Díaz y Rodrigo Marquet.

En el teatro "Gala" se estrenó una nueva versión de "El Lazarillo de Tormes" la primera novela picaresca española propiamente tal, de autor anónimo, en una adaptación de Isidora Aguirre. Este elenco de actores, dedicados al teatro educacional, fue dirigido en este montaje por Edgardo Bruna, con coreografías a cargo de Aldo Parodi y Alfredo Castro, música de Patricio Solovera y escenografía e iluminación de Hernán Pantoja. En los roles principales figuraron Ricardo Castro, Julia Echeverría, Alejandro Kartzow, Marco Antonio González y Mario Bustos. El protagonista, Lázaro va contando al público qué le sucedió desde que su madre lo entregó a un ciego, famoso por lo perverso, hasta que logra independizarse después de muchas aventuras. El mundo español del siglo XVI está desarrollado con gracia y crudeza en la obra original y mostrado en esta versión con vitalidad, imaginación, canciones y danzas. El autor de esta obra anónima usó el humor para criticar la sociedad y sus contradicciones, y a través del tiempo, "El Lazarillo de Tormes" se ha convertido en uno de los pilares de la literatura



LA COMADRE LOLA. de A. Sieveking. Teatro El Conventillo.
Alejandro Cohen, Anita Klesky, María Izquierdo, Guillermo Semler, Tomás Vidiella, Sergio Urrutia, Ramón Carcher, José Soza y Bélgica Castro.

hispana.

En un nuevo teatro, el "Michelangelo", estrenó el autor y periodista chileno Mario Cruz su obra "La loica y el nortino". La obra cuenta de los últimos días de Violeta Parra y de un muchacho puro e ingenuo que llega a su carpa desde el Norte, dispuesto a conquistar Santiago. El la admira y ella se enamora. El descubre la parte comercial de la profesión y trata de convencerla para que cambie su posición frente al arte y le vaya bien en la peña. Pero ella se resiste y no transa. El autor de la obra aclara que ésta no es la biografía de la artista, sino que él se inspiró en su vida para escribirla. Los roles protagónicos estuvieron a cargo de Cecilia Soler y Mauricio Torres, con canciones escritas por Marisa Pastor.

A fines de mayo se estrenó "George Dandin" o "El Marido Burlado", de Molière en la sala del Instituto Cultural del Banco del Estado. El elenco encabezado por Emilio García, Enrique del Valle y Patricia Iribarra fue dirigido por Jorge Gajardo. Esta vez Molière se ríe y critica a un marido arribista y su humillante condición de engañado. El generaliza en el sentido de que los maridos, mientras más celosos, más merecen este tipo de escarnio de parte de sus mujeres. El protagonista quiere tener un título de nobleza y para conseguirlo se casa con una coqueta baronesa. Puede hacerlo ya que es rico. Pero las costumbres de ella no tienen nada que ver con las campesinas costumbres suyas, y resulta burlado y humillado.

La Compañía de Teatro Urbano Contemporáneo, Teuco, estrenó en "El Conventillo" "El Último Traje del Emperador", adaptación libre dirigida por Juan Edmundo González, de un cuento de los hermanos Andersen. El cuento narra la historia de un rey muy vanidoso que desfila desnudo frente a sus súbditos porque se supone que su traje está hecho de una tela que sólo pueden ver los inteligentes. Colorido, música y movimiento, además de la participación de títeres, hacen atractivo este montaje dedicado no sólo a los niños sino también al público adulto,

En el Instituto Goethe el Teatro El Riel estrenó la obra "Andorra", del gran dramaturgo y novelista suizo Max Frish. "Andorra" fue estrenada en 1962 y en ella su autor muestra su claro compromiso con las realidades sociales del mundo contemporáneo y nos alerta acerca de

las diversas formas en que los hombres se destruyen mutuamente. Es una obra dividida en 12 cuadros, con frecuentes alocuciones directas al público y numeroso elenco. El tema de la persecución injusta y despiadada a un muchacho judío es el argumento empleado por el autor para mostrar la cobardía de todo un pueblo que contribuyó a la destrucción de seres inocentes. Cada uno de los personajes trata de convencer a través de variadas razones de su falta de culpa, pero al final queda claro que son todos cobardes. Los personajes, que corresponden a distintos grupos, representan a la sociedad que sigue cometiendo los mismos errores y que no cambia a pesar del avance tecnológico.

En el teatro El Conventillo una nueva compañía estrenó la obra "La Comadre Lola", del destacado dramaturgo chileno Alejandro Sieveking, quien también dirigió este montaje. La obra transcurre en 1958 en una quinta de recreo venida a menos que su dueña, la Comadre Lola, trata de sacar a flote ayudada por quienes trabajan con ellas. La posible salvación aparece personificada en un mafioso, el Compadre Paleteado, quien aparece a ofrecerle un negocio. Entre enredos, mal entendidos y graciosos equívocos, se desenreda la madeja hasta llegar a un final optimista y alegre en que se aprecia que la solidaridad permitirá a todos "echarle p'elante". Los personajes son chilenos y reconocibles porque como dijo el autor: "mi intención fue darle vida a estereotipos del folclor urbano. Darles cuerpo, pensamiento y palabras a personajes que ya andaban dando vueltas por Santiago y Valparaíso desde mucho antes que yo pusiera pie por estos lados". El elenco de "La Comadre Lola" estuvo formado por Bélgica Castro, de vuelta en Chile después de muchos años de vivir en Costa Rica, José Soza, Tomás Vidiella, Alejandro Cohen, Anita Klesky, Sergio Urrutia, María Izquierdo, Willie Semler y Ramón Carcher. Tomas Vidiella estuvo a cargo de la escenografía y vestuario y Ricardo Vieyra de la música.

VIS'TAS EXTRANJERAS

El Taller de Teatro El Juglar, de Ecuador, presentó en Santiago dos obras en una corta visita: "Secretitos", obra infantil, y "¿Cómo es la cosa?" creación colectiva cuyo tema es la emigración campesina a la ciudad. El argumento

LA CANTANTE CALVA. Compañía "La Cercha".
Rodrigo Alvarez, Brana Vantman, Claudio Pueller, Mario Gatica, Ilse Alfaro y Verónica Vidaurrazaga.



cuenta la historia de un joven campesino que llega a la ciudad con el dinero necesario para sanar a su esposa. Se lo roba, con un impecable engaño, otro emigrado tan pobre como él porque "hay que avasallar para que no avasallen contigo". Son seres marginados, que no comprenden lo que les pasa y que se preguntan: "¿Cómo es la cosa?"

Los jóvenes integrantes del Teatro de la Comuna, de Montevideo, vinieron a presentarse al Festival Pedro de la Barra, que pretende acercar la actividad teatral a los sectores más populares. Luego se quedaron para hacer algunas presentaciones en la sala La Comedia de su creación colectiva: "Cuando el olvido no alcanza". La obra cuenta la trágica historia de un grupo de enfermos mentales que son trasladados de hospital y demuestra la falta de valor que algunos sistemas le asignan a la vida.

Toni Cots, actor español que reside en Dinamarca visitó nuestro país invitado por la Escuela de Teatro de la

U.C. y el Centro Chileno del Instituto Internacional del Teatro (ITI). Mostró, en el teatro de la U.C. dos espectáculos unipersonales: "El Romancero de Edipo" y "Puputan". "El Romancero de Edipo" tiene como temática la reelaboración del mito griego. Textos y fragmentos de diferentes obras, incluida la Biblia, toman la forma de una epopeya con un narrador que va entregando los diferentes personajes: Edipo, Yocasta, Antígona.

"Puputan" es un espectáculo-demostración basado en la recopilación de materiales recogidos en Bali, donde Toni Cots estudió teatro y danza oriental. El espectáculo trata de hacer comprender los principios que rigen la técnica del actor oriental o balinés, basada en un trabajo dedicado a la codificación del cuerpo. También Toni Cots dictó un Seminario destinado al Equipo Docente de la Escuela de Teatro de la U.C.

SUMARIO

	3	Presentación
JORGE MARCHANT	5	Molière, un Itinerante
EUGENIO GUZMAN	7	Nuestro "Tartufo"
MOLIERE	9	TARTUFO. Texto completo
MOLIERE	53	EL MEDICO A PALOS Texto completo
ANITA KLESKY	88	Panorama teatral

